

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 907.

Administración general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

El drama de Maraton; grabado. — Revista española. — El plebiscito de 1870; grabados. — Revista de Paris. — Fiesta literaria en Madrid. — Literatura dramática: « El Agente secreto. » — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Problemas de ajedrez; grabado. — Paseos de Paris: El square del Temple; grabado.

ciendo pesar especialmente la responsabilidad moral y material del deplorable suceso sobre los ministros del Interior y de la Guerra, que, dicen, no estuvieron á la altura de su mision, al menos en lo que concierne á la

cuestion de represion franca y enérgica al bandolerismo. M. Erskine ha hecho al gobierno helénico responsable del suceso y de sus consecuencias, y la Inglaterra ha aprobado altamente la conducta de su representante.

Entre tanto la exasperacion no disminuye en Inglaterra.

Hace mucho tiempo, dice el *Times*, que ningun suceso ha excitado tanto horror é indignacion en el espíritu público, como el crimen que se ha consumado en Grecia. Es preciso recordar los dias de la rebelion de los cipayos, para encontrarle un paralelo, y aun se ha de advertir como circunstancia atenuante, que las atrocidades de que fueron victimas los ingleses de Cawnpore y de Delhi, se cometieron por personas que sabemos nos eran hostiles por su raza y por su religion.

Despues de haber enumerado largamente los sacrificios que ha hecho Inglaterra en favor de la independencia de Grecia, el *Times* termina su artículo con esta gravisima amenaza:

« Ese degüello, dice, será el punto de partida de un gran acontecimiento político. El mal gobierno griego ha cansado ya la paciencia de la Europa... Las tres potencias europeas no han creado en Europa un pequeño Estado con la intencion de que fuese una afrenta para ellas y para la civilizacion.

» Si sus gobernantes son impotentes, que ejerzan la autoridad otras manos. En 1854 Atenas fué ocupada por una fuerza franco-inglesa para refrenar las belicosas inclinaciones de la córte, y no tememos afirmar que en el dia no estaria menos justificada una medida semejante... Algunos meses de estancia de tres ó cuatro regimientos elegidos en nuestro ejército de la India ó entre las tropas francesas de Argelia, bastarian para devolver al territorio griego la seguridad de que se disfruta en los caminos de Inglaterra. »

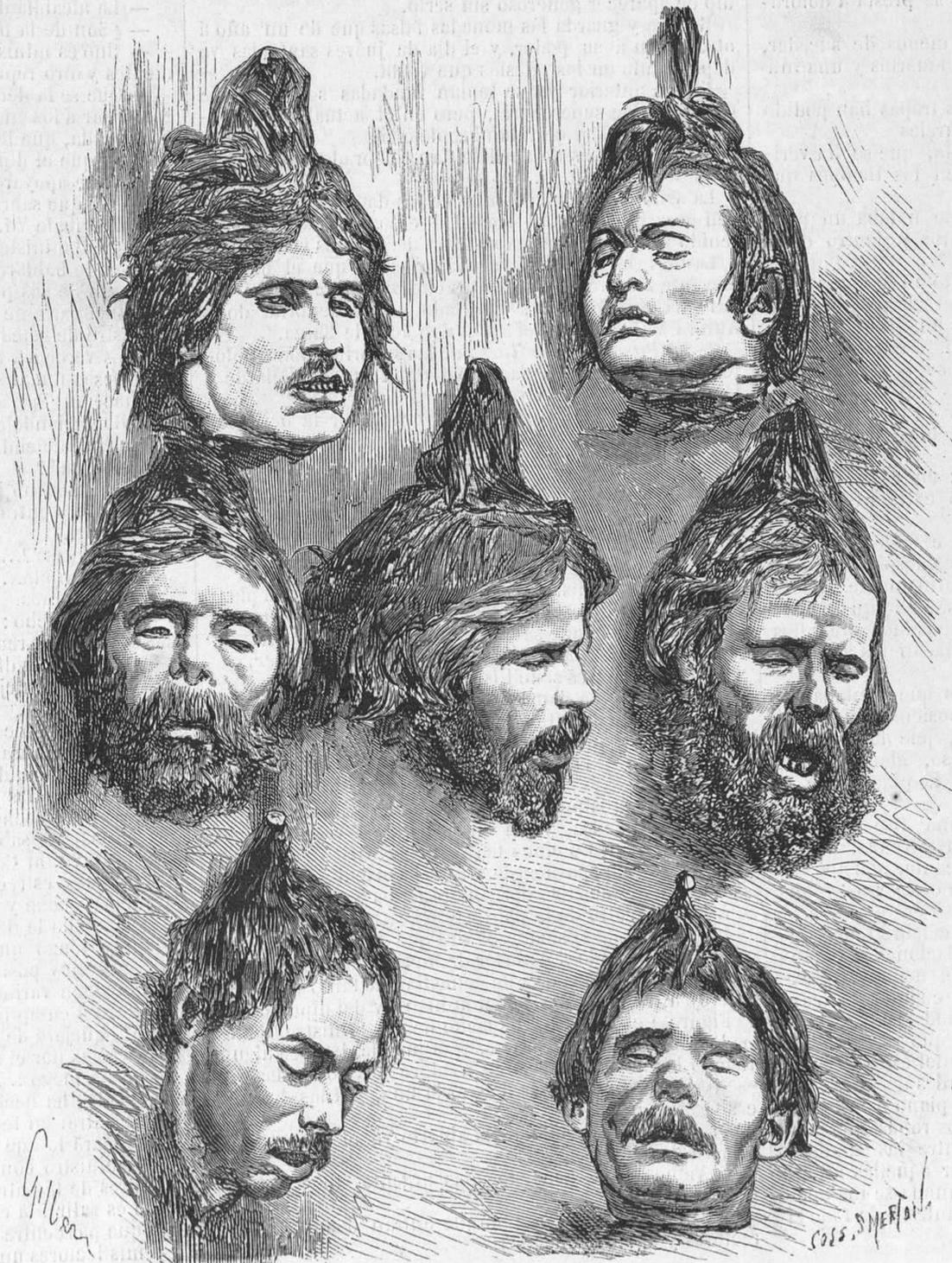
EL Drama de Maraton.

EPÍLOGO.

Esta primera página de nuestro número presentará á nuestros lectores, mejor que nuestros comentarios, el recuerdo del horrible drama que ha tenido efecto cerca de Oropo.

Conocidos son ya los hechos. Los bandidos de Maraton, fortificados con sus prisioneros en la torre de Oropo, cerca del mar, fueron vigorosamente atacados por las tropas del gobierno. La lucha fué muy viva, y siguiendo su horrible práctica, los bandidos comenzaron por degollar á sus victimas. Pero en la lucha perdieron siete combatientes, á quienes cortaron la cabeza, y llevadas á Atenas sufrieron la exposicion pública. Nuestro dibujo es copia exacta de la fotografia de esa trágica escena.

La emocion no se ha calmado en Atenas. La posicion del gabinete Zaimis se vió en esta ocasion tanto mas comprometida, cuanto que el rey y su primer ministro se hallaban entonces en las Cicladas, de donde no volvieron hasta despues de la captura. La exasperacion pública contra el gobierno fué muy grande, ha-



EL DRAMA DE MARATON. — Las cabezas de los siete bandidos capturados.

El argumento del *Times* debe producir honda impresion en los ánimos. Sin embargo al poner un término al bandolerismo en la Grecia, no deben tomarse providencias que debiliten mas aun á un reino que ya tiene que luchar con graves dificultades. P. P.

Revista española.

Una sangría. — Sucesos de Gracia. — La semana santa. — Tamberlick en el Escorial. — Limosnas. — Un rico avaro. — La comedia de la política. — Un ministro. — Un diputado y un elector. — El puchero y la patria.

El que inventó las quintas ó sea la contribucion de sangre quiso sin duda alguna demostrar, haciendo que se verificase el sorteo en los primeros dias de la primavera, que el pago de este débito á la patria era una medida higiénica.

Las quintas son una sangría que los gobiernos hacen á los pueblos.

Este año la sangría ha estado en España á punto de convertirse en una sangría suelta.

La Revolucion prometió suprimir las quintas, pero las ha pedido y los catalanes no quisieron obedecer; razon, ó mejor dicho, sin razon por la cual ha habido lucha entre el pueblo y el ejército.

En Gracia el combate fué terrible, y á este propósito ha tenido una feliz ocurrencia el *Cascabel*.

Calculando el coste de los disparos de las armas de fuego que se hicieron y prescindiendo de los brazos, piernas y cabezas rotas que no se pueden poner en cuenta, dice que un tiro de metralla cuesta tres duros próximamente; una bomba puesta en el aire, unos trescientos veinte reales, el tiro de un soldado de infantería lo menos medio real, y la bala de cañon con la pólvora que se necesita para dispararla, unos cinco ó seis duros.

Prosiguiendo este órden de cálculos indica que cada soldado dispara tres tiros por minuto, haciendo los artilleros dos disparos en el mismo tiempo, y deduce que con lo que han costado las balas y la pólvora empleadas en el ataque de Gracia, hubieran podido redimir su suerte todos los quintos de Cataluña.

Es una observacion justísima que se presta á dolorosas consideraciones.

La lucha terminó como no podia menos de suceder, quedando muchos heridos, no pocos muertos y una infinidad de desgraciados.

Las quintas se han verificado y las tropas han podido dormir sobre sus ensangrentados laureles.

Hablemos ahora de la semana santa, que se ha verificado con una devocion increíble en los tiempos que atravesamos.

Al anochecer del viérnes santo, se notaba un gran movimiento en los espacios claustros y dentro de la nave de San Lorenzo del Escorial.

El templo magnífico estaba envuelto en sombras: seis luces colocadas en el altar mayor, parecian pálidas estrellas clavadas en el fondo negro de una nube tempestuosa; otras luces, cortas en número, oscilaban en las alturas del coro: la voz del sacerdote subido en el púlpito se esparcía por las altas y oscuras bóvedas del templo, y los fieles apañados en derredor de la cátedra del Espíritu Santo, escuchaban en profundo silencio las palabras del sacerdote.

Miradas curiosas se dirigian de vez en cuando hácia el coro, y era fácil adivinar que algo extraordinario se preparaba en aquellas alturas.

Concluyó su sermón el predicador; cesó de resonar su voz en los ámbitos sombríos y majestuosos de aquel templo inmenso, extinguiéndose paulatinamente los ecos en el sagrado recinto, el imponente silencio que sucedió, se rompió de pronto con los dulcísimos preludios de órgano expresivo, al que acompañaban los arpeggios no menos dulces de un piano.

A poco se oyó un conjunto de voces que cantaban el primer canto del *Stabat Mater*, composicion muy notable del maestro don Cosme de Benito, jefe de la exígua capilla de aquel monumento grandioso, gloria de las edades pasadas, y digno recuerdo de la pujanza de la España antigua.

Concluido el primer versículo, una voz vibrante, que conmovió las fibras de todos los circunstantes y resonó en todo el templo, empezó á cantar aquella sublime melodía religiosa, que no puede oírse sin experimentar una profunda emocion.

Era Tamberlick el que cantaba, el célebre tenor encontraba acentos desconocidos, modulaciones casi fantásticas, frases de un sentimiento tan depurado y exquisito, que causaba la admiracion de cuantos le oian.

Aquella voz que se esparcía en raudales doloridos, plañideros, tristes, como las palabras que pronunciaba y las notas que cantaba, parecia bajar del cielo.

La melodía seguía su curso, los acordes del órgano la envolvian en sus diáfanos pliegues; el piano con sus arpeggios la acompañaba poco á poco; los robustos y graníticos muros del templo repetían entre las sombras como si también ellos quisieran cantar aquellas armonías celestiales, y la emocion mas profunda se iba apoderando del cantante, de los acompañantes y de todo el auditorio.

Las colosales y venerandas imágenes pintadas en las altas bóvedas, parecian dotadas de vida, escuchando sorprendidas aquel canto; y allá, en el fondo oscuro del templo, junto al altar mayor, á la mano derecha, parecia asomarse por entre las rejas de la ventana, la pálida faz del gran Felipe II el Prudente, atónita al oír aquellas melodías en el monumento abandonado por sus sucesores, y casi olvidado por la nacion á la cual rendian pleito homenaje durante su reinado todas las naciones.

La funcion se celebró gracias á una colecta hecha en el pueblo, pues la cantidad que la direccion del patrimonio destinó al efecto fué tan mezquina, que con ella no habria podido realizarse.

En Madrid, como ha dicho con exactitud un ilustrado revistero, no han sido necesarias excitaciones de ningun género ni ha sido preciso que las autoridades publiquen bandos para que se observara la antigua costumbre de recogimiento piadoso durante los dias en que la Iglesia conmemora la pasion y muerte de Jesucristo.

No se han necesitado excitaciones de ningun género; no ha sido menester que las autoridades publiquen bandos para que se observara la antigua costumbre de recogimiento piadoso durante la semana santa.

Las tiendas se cerraron espontáneamente, suspendiéronse las obras de los particulares, hasta los teatrillos de ínfimo órden interrumpieron sus funciones; y los carruajes dejaron de rodar por las calles durante el juéves y el viérnes.

Nada turbaba el majestuoso silencio de la antes animada y bulliciosa capital; las campanas estaban mudas y los templos se veian llenos.

En todos ellos se han celebrado las ceremonias del culto católico, si no lujosa, decorosamente.

En todos habia á la entrada mesas de pelitorio, cuyas bandejas aparecian cubiertas de monedas de cobre, plata y oro.

Las principales damas madrileñas imploraban la caridad pública en favor de los niños de la Inclusa, de las nuevas escuelas de enseñanza católica, y de otros objetos no menos filantrópicos.

La cuestacion ha sido muy productiva.

En la iglesia de San Isidro, donde pedia la señora condesa de Humanes, un caballero desconocido echó un billete de 4,000 reales.

Parece, pues, que á medida que la miseria crece y los recursos disminuyen, son mayores y mas abundantes las limosnas de los bienhechores.

El mismo revistero dice tambien que en cambio un opulento capitalista cuya avaricia se ha hecho mas famosa en Madrid que sus riquezas, ha inventado un medio de aparecer generoso sin serlo.

Recoge y guarda las monedas falsas que de un año á otro llegan á su poder, y el dia de juéves santo las va depositando en las iglesias que visita.

El año anterior ya se tenían fundadas sospechas de esta culpable superchería, pero en el actual se ha adquirido completa certidumbre de ella.

Durante el mes de abril se han celebrado algunas reuniones aristocráticas.

La señora de Carvajal, una de las damas que mas hacen para distraer á la sociedad escogida madrileña ha tenido en sus salones exposicion de cuadros vivos.

La mas brillante fué la cuarta, en la que el público elegante admiró los siguientes cuatro cuadros:

1º La *Samaritana*, ejecutado por la señorita doña Aurora Malagamba y el señor don José de Baeza.

2º El *Pasmo de Sicilia*, por las señoritas doña Dolores y doña Teresa Malagamba, doña Amalia Velarde y los señores Baeza y Arroyo.

3º La *Dolorosa al pié de la cruz*, por la bellísima señorita doña Dolores Carvajal.

4º El *Juicio de París*, por las señoritas doña Petra Carvajal, doña Amalia Velarde, doña Teresa Malagamba y el señor don Nicolás Ossorio.

Lo mas distinguido de Madrid presenciaba este interesante espectáculo, que es un tributo al arte y un medio en las bellas de conquistar corazones.

Tambien una distinguida condesa que vive en la plaza del Angel ha solemnizado la Pascua con una funcion dramática en la que se estrenó un proverbio de Navarrete titulado: *Cuando el diablo no tiene que hacer...*

El argumento es sencillísimo.

Un galán y una dama se aburren y se encuentran en el momento mas crítico de su *espleen*.

Hablan mal de la sociedad, del matrimonio, de las diversiones y al fin gracias al ingenio del autor acaban por casarse.

En los teatros públicos apenas ha habido novedades: están desanimados, y sin embargo, este verano habrá en Madrid cuatro ó cinco teatros abiertos.

Pasemos ó ocuparnos de otro espectáculo en el que se hacen las comedias mas interesantes hoy.

Aludo al teatro de la política.

La política sigue siendo el aire que respiramos, y me propongo ir dando á conocer de una manera pintoresca los principales tipos de esta comedia que tanto nos cuesta; voy á trazar el boceto del ministro y del diputado.

Figúrese el lector el despacho de un ministro, adornado con mucho lujo, eso sí, porque desde hace algun tiempo los ministerios parecen adornados por hadas.

El ministro llega á las doce ó la una, y á las dos necesita estar en las Cortes.

Su secretario particular ha abierto ya el correo y lo tiene ordenado.

— Vamos á despachar lo mas urgente, dice el ministro.

El secretario se detiene porque entran dos ó tres directores y algunos oficiales.

— ¿Me traen Vds. muchos expedientes?

— Bastantés.

— ¿Son de interés?

— De mucho interés.

— El caso es que es la una, y á las dos... los dejaremos para mañana.

— Como Vd. quiera...

— Esta vida es horrible... el tiempo vuela.

— Qué gran discurso pronunció Vd. ayer.

— ¡Soberbio!

— Amigos, los republicanos llevaron una felpa.

— Son como fieras.

— Pero Vd. los domestica con su elocuencia.

— Si no hubiera sido por Vd. el gobierno sufre ayer una derrota. Entre paréntesis, cuando tenga Vd. tiempo le agradeceré que firme el expediente de la subasta.

— Bien, luego... ahora estoy ocupado, tengo que despachar asuntos apremiantes. Fumen Vds. y hablen mientras me informo del correo.

El ministro empuja suavemente el boton del timbre y se presenta un portero.

— No estoy para nadie, dice, absolutamente para nadie.

— Nosotros nos vamos. ¿Firmará Vd. luego?

— Sí, á las siete.

— Pues agur.

— Gracias á Dios que estamos solos; á ver ¿qué hay?

— En primer lugar una carta de la marquesa, dice el secretario, que ya conoce el flaco de su señor.

— ¿Y qué quiere?

— Una administracion de correos de cinco ó seis mil reales para un jóven por quien se interesa. Oiga usted este párrafo: « Mi recomendado es un gran jardinero: me ha traído una camelia que ha sido objeto de envidia en el baile de la embajada, y esto me mueve á pedir á usted para él una administracion de correos. »

— Es necesario complacerla.

— Me he informado y solo puede dársele una que sirve un empleado antiguo en la carrera.

— ¿Tendrá derecho á cesantía?

— Sí, señor.

— ¿Le apoya alguien?

— Consta en el libro que ingresó en el ramo recomendado por don Agustin Argüelles.

— Ese no ha de reclamar: que corran las órdenes para dar esa plaza al jardinero. Siga Vd. extractándome las cartas.

— Tres diputados piden un mismo empleo para tres personas distintas.

— ¿Qué empleo es?

— La alcaldía del presidio de Zaragoza.

— ¿Son de la mayoría?

— Uno es ministerial, otro del grupo de los independientes y otro republicano.

— Que se la den al recomendado del último: hay que contentar á los enemigos; mañana pueden ser poder y... nada, nada, que le den la alcaldía.

— Es que el diputado independiente da á entender...

— ¿Que apoyará al gobierno?

— No, que sabrá pagar el favor.

— Escríbale Vd. diciendo que venga á verme.

— ¿Y al ministerial?

— Yo le hablaré en el Congreso... harto tiene con lo suyo y lo de sus parientes; ¿qué mas hay?

— Una carta de don Manuel Martinez, que dice que fué sastre de usted.

— Es verdad... á ver, venga esa carta.

— Desea tomar parte en una subasta de ropa que hay que hacer.

— Recomiéndele Vd. con eficacia al director y conléstele Vd. diciendo que no me olvido de...

— ¿De qué?

— De nada, no le conteste usted.

Un portero entra.

— Señor...

— ¿Qué pasa?... ¿no he dicho que no entre nadie?

— Esta tarjeta... se ha empeñado el caballero.

— Importunos.

— Me ha dicho: Anúncieme Vd. á S. E., soy el que mas votos le ha reunido para salir diputado.

— Bien está... dígame Vd. que me he marchado.

El portero se aleja y vuelve á entrar á poco.

— ¡Otra vez!

— Señor... Vucencia...

— No estoy para nadie.

— Es un comandante de la milicia.

— Y son las dos y media... dígame Vd. que pase... Le llevaré en mi coche hasta las Cortes... Conteste Vd. á esas cartas, ya sabe Vd. mi sistema, y si hay alguna duda vaya Vd. al Congreso.

El ministro estrecha la mano del jefe de la milicia, le lleva en su coche y va á las Cortes.

Un diputado le detiene.

— Hoy tengo que preguntar por tal expediente, le dice, y es muy posible que censure un poco al gobierno; lo exigen varios electores influyentes.

— Pues á cumplir con ellos.

— Me quejaré de Vd., pero con suavidad.

— Gracias por el aviso.

— Hasta luego... ¡ah! que no se olvide Vd. de mi recomendado; ha hecho una oposicion mediana, pero ha logrado entrar en terna.

— Se hará lo que Vd. quiere.

Y el ministro continúa dando apretones de manos á los padres de la patria hasta entrar en el salon.

Esto es salir á la escena, y yo solo me propongo referir lo que pasa entre bastidores, para lo cual voy á contar á mis lectores una anécdota reciente que demostrará

las relaciones que existen entre los padres de la patria y los candidatos que los eligen.

Hace algun tiempo llegó á Madrid un elector de los mas influyentes de una provincia de Castilla.

En el wagon, habló como es costumbre con sus compañeros de viaje, de los propósitos que le traian á la córte, y para formular su plan se expresó en estos términos:

— Mi único objeto es asistir á una sesion borrascosa en la asamblea constituyente.

— ¿No ha estado Vd. nunca en el Congreso? le preguntaron.

— Nunca.

— Pues se divertirá usted.

— He leído muchos extractos de sesiones y sé que los diputados se ponen de ropa de Pascua los unos á los otros; pero lo que me ha extrañado siempre y causa toda mi admiracion es que diciéndose lo que se dicen cuando llega el caso no se hayan ido nunca á las manos... ¡es mucha virtud! Así es que deseo asistir á ese espectáculo: mi diputado me proporcionará un buen sitio y veré la funcion á mis anchas.

Hablando poco despues algunos de los viajeros de las personas de su familia que probablemente saldrian á esperarlos:

— Yo no tengo familia en Madrid, dijo mi hombre; pero da lo mismo. He escrito á mi diputado anunciándole mi viaje, suplicándole que me busque una casa de huéspedes, y como no me ha contestado, de seguro saldrá á la estacion... Es tan campechano... tan amable... ya le conocerán ustedes.

Si las ilusiones constituyen una gran parte de lo que consideramos en el mundo como felicidad, no debian venir nunca á la córte los que pasan la vida en una aldea ó en el rincon de una provincia.

Aquí se pierden las ilusiones desde el momento en que se llega.

El tren llegó y el elector esperó en vano al diputado.

— Habrá tenido que hacer, se dijo conformándose, y la patria es lo primero.

Hízose conducir á una fonda, durmió como un bendito y al dia siguiente se perfiló para ir á ver á su diputado.

— Son las diez, se dijo... tempranillo es, pero no importa... Yo soy de confianza. Si le cojo almorzando mejor, me incluyo y al avío: váyase por las veces que ha comido y almorzado en mi casa.

Despues de admirar la belleza de las casas y de quedarse con la boca abierta en presencia de las mangas de riego, llegó mi hombre á casa de su diputado.

— Don Fulano de Tal, preguntó al mozo que abrió la puerta en donde llamó.

— Aquí vive.

— ¿Está en casa?

— Sí; pero no se ha levantado.

— Eso no importa... yo le despertaré, soy de confianza.

— El señor no recibe á nadie á estas horas.

— Entonces, ¿cuándo podré verle?

— Almuerza á las doce.

— Bien está, volveré... dele Vd. esta tarjeta y ya verá usted cómo se alegra cuando sepa que he venido.

Despues de pasear por las calles un par de horas para hacer tiempo tornó á llamar el forastero á la puerta de su representante.

— ¿Se ha levantado ya? preguntó al fámulo.

— Sí, señor; pero ahora está almorzando.

— Mejor que mejor.

— Es que no recibe.

— A mí, sí.

— Ni á Vd. ni á nadie.

— ¿Le dió Vd. mi tarjeta?

— Sí, señor.

— ¿Y qué dijo?...

— No dijo nada, contestó el criado sonriéndose al recordar que su amo habia dicho: ¿A qué habrá venido á Madrid ese hotentote?

— Pues haga Vd. el favor de indicarle que he vuelto y deseo verle.

El fámulo se fué y volvió.

— Que no le puede recibir á Vd. ahora por estar muy ocupado, dijo, que vaya Vd. al Congreso si tiene usted necesidad de verle.

Amostazado el elector volvió la espalda y tropezó con un caballero muy encopetado, cuya presencia hizo al criado abrir la puerta de par en par.

— ¿Está? preguntó el caballero.

— Sí, señor, pase V. E., dijo el criado.

— ¡Vuecencia! exclamó el forastero volviéndose maquinalmente.

Y como el criado dejó abierta la puerta, aguardó á que saliese á cerrarla.

Cuando salió,

— Oiga Vd., ¿quién es ese que ha entrado? le dijo.

— Es un ministro... Agur...

Y le dió con la puerta en las narices.

La conversacion entre el alto funcionario y el padre de la patria puede resumirse en las siguientes palabras que dijo el diputado á su señora cuando se quedó solo:

— He aceptado un alto empleo, lo cual nos viene á pedir de boca, pero quedo sujeto á reeleccion. Si viene el gánapiro de don Fulano, recíbele tú, pídele mil perdones de mi parte y haz que se quede á comer. Voy á necesitarle en breve y nos conviene pasarle la mano por el lomo.

— Así lo haré; pero yo queria que me sacrificases la tarde.

— Imposible.

— Esta mañana me lo prometiste.

— Esta mañana me proponia abstenerme de votar una cosa y esta tarde... he cambiado de opinion.

Por la noche al volver á su casa preguntó si el elector se habia presentado.

Al oír una respuesta negativa envió al criado á todas las fondas de Madrid, empezando por la de Barcela:

— Ve á esa primero, que en ella debe estar.

Tal opinion tenia de los gustos prosaicos y vulgares de su protector en las elecciones, pero se equivocó de medio á medio. Por honrar á su diputado habia ido nada menos que al *Hotel Inglés* de la calle del Cármen.

Allí le encontró el criado y se lo llevó á casa de su amo, en donde, segun le aseguró, le esperaban con ánsia.

El diputado y su señora le obligaron á tomar una copa de Jerez y unos bizcochos, le pidieron mil perdones, asegurándole que el criado no habia pasado su tarjeta.

— De lo contrario, añadió él, antes que al ministro y al rey, cuando le tengamos, le hubiera recibido á usted. Pues no faltaba mas, yo soy muy agradecido y...pero ha debido Vd. venirse á casa desde la estacion.

— ¿Cómo Vd. no fué á verme?

— Si no sabia.

— Le escribí á Vd.

— Entonces mi secretario se ha olvidado de darme cuenta de esa carta... ya se ve, recibo tantas al dia: en cuanto venga le echaré una peluca... Pero mañana y pasado y el otro, mientras esté Vd. en Madrid comerá usted conmigo.

— Pienso marcharme pronto.

— Me alegro, porque le necesito á Vd. allí, ya hablaremos... entre tanto esta noche irá Vd. al teatro con mi mujer; tenemos palco en el Real... digo, en el Nacional, y mañana verá Vd. Palacio y la Armería.

— Lo que yo quiero es asistir al Congreso cuando haya algun jaleo.

— Pues entonces mañana... hay pendiente una discusion importantísima.

— Tambien querria despues ver por dentro el Congreso.

— Subiré á la tribuna á buscarle á Vd. cuando termine la sesion y le presentaré á Vd. á los ministros. Por supuesto que si necesita Vd. algo...

— No, gracias.

— Es que me ofendería... y á propósito, ya que ha venido Vd., hay que hacer algo por el chico.

— ¿Por mi hijo?

— Es claro.

— Yo no deseo nada... con que cuide mi hacienda le basta.

— Pero un empleillo no le vendrá mal.

— No, señor, no... se haria un holgazan y hoy es muy laborioso.

— Entonces le daremos una cruz y otra á Vd... ya hablaremos... Ahora voy al Casino, quédes Vd. y acompañará al teatro á mi mujer.

Al retirarse el elector á su morada iba haciéndose estas reflexiones.

— Ya decia yo que no podia hacerme un desprecio... es el mismo de siempre. Mañana le preguntaré cómo anda esto, que me parece que anda mal, y si es preciso les diré yo mismo á los ministros lo que se piensa por el pueblo. Cuando allí sepan que he ido á las Córtes y he entrado dentro y he hablado á los ministros, van á comerse de envidia los amigos.

Y pensando en todo esto se desveló.

En otro artículo verá el lector las impresiones que recibió mi hombre al asistir á la funcion y al entrar luego entre bastidores.

Por ahora solo añadiré que en los momentos en que cierro mi revista se agita en el Congreso una cuestion magna.

La mayoría se ha descompuesto porque en su seno hay muchos que opinan que el diputado no debe ser funcionario público retribuido.

Yo lo creo así tambien; pero hay lucha en la Cámara y esta lucha la ha explicado *Gil Blas* en una caricatura.

Representa una balanza y en un platillo hay un puchero lleno de comida y en el otro la alegoría de la patria.

El estómago pesa mas que el patriotismo.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1870.

El plebiscito de 1870.

¡Dia memorable ha sido el 8 de mayo, por las sorpresas que han salido de la urna del plebiscito de 1870! Sorpresa para la oposicion radical, que ve subir con estupefaccion la cifra de los sí hasta mas de 7 millones, y sorpresa para el gobierno, que se ha encontrado con tantos votos negativos entre las tropas.

Consagraremos pues un recuerdo á los diversos episodios que señalaron la votacion del plebiscito en Paris.

Y ante todo apuntaremos el apresuramiento de los electores en las 270 secciones diseminadas en los 20 distritos de Paris. Desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, se notó un continuo movimiento que dió por resultado en la capital 439,538 sí y 184,236 no.

No trataremos de interpretar los boletines, porque seguramente encontraríamos en ellos todos los colores del arco iris. Pero sin remover ese prisma de los siete colores, es decir, de los siete millones, séanos permitido afirmar que esa inmensa mayoría no expresa, en todos los que la componen, un pensamiento único, exclusivo.

Por ejemplo, ahí está M. Rouher, que va á depositar su boletín en la seccion de la Orangerie del Luxemburgo. Inútil es añadir aquí que al aspecto del antiguo vice-emperador, hubo un gran movimiento de curiosidad acompañado de sendos cuchicheos.

¿Qué decian los presentes?

— Vamos, M. Rouher, votemos sí: cuando no se tiene lo que se quiere, es preciso querer lo que se tiene.

Un cronista que pasaba por allí añadió:

— M. Rouher votando por el imperio liberal, me recuerda el ministro de Luis XIV practicando el edicto de Nantes.

Pero digamos desde luego que fuera por curiosidad ó por presentimiento, la opinion se concentraba en las secciones militares. Causaba muchas preocupaciones la votacion del ejército, y las severas medidas que el gobierno habia tomado para eximir de toda intervencion del público la votacion de los cuarteles y de los fuertes, no hacian mas que avivar la impaciencia de los ciudadanos.

Pero á pesar de todo, no nos han faltado apuntes para representar el escrutinio del ejército, y hemos elegido el de la Escuela Militar, uno de los mas importantes.

Mas aun: como el público deseaba conocer los resultados, los soldados, comprendiendo la legitima curiosidad de los ciudadanos, arrojaron por las ventanas del cuartel del Príncipe Eugenio, como se ve en uno de nuestros dibujos, la votacion de esta seccion militar, de cuyo modo se supo inmediatamente en todo Paris que allí habia habido 4,422 sí y 4,133 no.

Esta votacion y la del fuerte de Issy (616 sí y 476 no), se prestaron á muchos comentarios.

Pero está escrito que á toda manifestacion que se haga en Paris seguirán trastornos. El gobierno, que lo temia, puso en movimiento infantería, caballería y artillería: el jardin del Luxemburgo parecia un campo fortificado, y el patio del Conservatorio de Artes y Oficios mostraba al público, por entre las rejas, las bocas de los cañones rayados.

Con efecto, en las noches del lunes y del martes hubo alborotos. El martes, principalmen'te, se aumentó el tumulto. Hé aquí cómo refiere lo sucedido la *Gaceta de los Tribunales*:

« Desde las siete de la tarde fué aumentando la muchedumbre en algunos de los barrios mas populosos.

A las siete y media á poca diferencia, apareció en el arrabal del Temple un grupo bastante numeroso que vino por la parte de la calle de San Mauro.

Se nos asegura que entre los que componian este grupo habia cinco ó seis militares con uniforme.

A medida que iban pasando esos alborotadores, otros agitaban pañuelos encarnados atados en el extremo de palos.

Cerca de la calle de San Mauro vióse otro grupo.

Algunos instantes despues observábase en la esquina del arrabal del Temple y de la calle de San Mauro, un grupo dispuesto, al parecer, á promover algun desórden.

A las ocho llegó al arrabal del Temple un coche que se detuvo luego, y del cual bajaron dos caballeros que hablaron en voz baja á los que componian el grupo, y que despues de agitar sus sombreros, volvieron á subir al carruaje, desapareciendo en seguida.

Muy pronto el grupo engrosó extraordinariamente y volviése por el arrabal hácia Belleville cantando la Marsellesa y gritando: « ¡Viva la República! » Oyéronse asimismo gritos de « ¡A las barricadas! »

Todos cuantos formaban parte de los grupos iban armados de palos. Cerráronse en un momento todas las tiendas del barrio del arrabal del Temple.

A las nueve la multitud llegó á ser muy considerable en la plaza del Chateau-d'Eau; y en breve fueron derribados algunos omnibus y otros carruajes, con los cuales se levantaron cuatro barricadas, á saber: una en la calle de la Fontaine-au-Roi, otra en un callejon que conduce á la iglesia de San José y dos en la calle de San Mauro.

Una de esas barricadas tenia la altura de un primer piso, y componíase de cuatro omnibus, de coches de alquiler y de vigas. Detrás de ella habia muchos amotinados, capitaneados por un hombre de blusa que gritaba: « ¡Viva la República! » En lo alto de la barricada veíase una bandera encarnada.

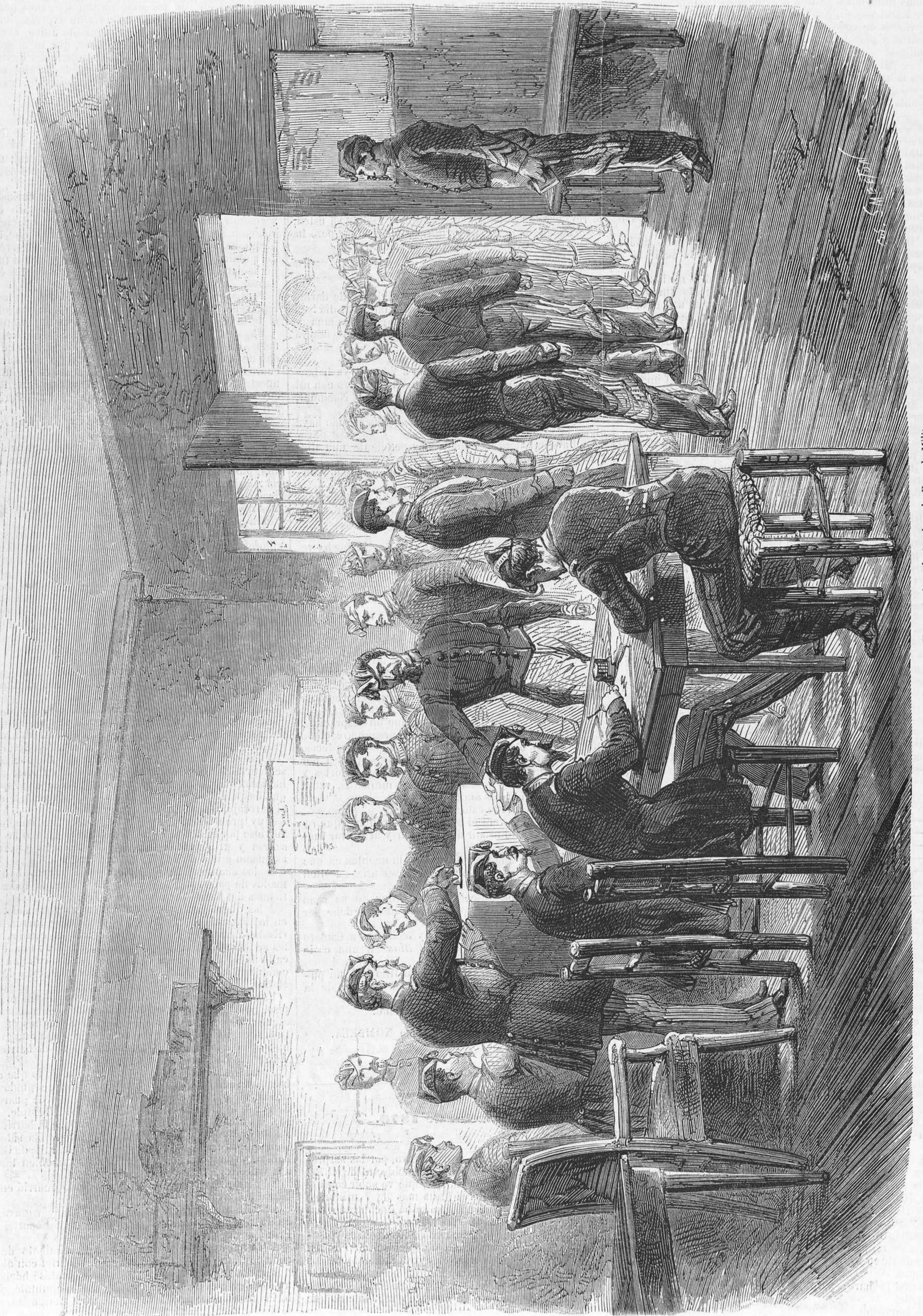
Apenas la autoridad tuvo conocimiento de lo que acabamos de referir, dos comisarios de policia, seguidos de una fuerte partida de infantería de línea y de guardias de Paris, se dirigieron hácia el arrabal del Temple.

A las diez y cuarenta minutos supose que la barricada mas importante de la calle de San Mauro habia sido tomada por la tropa, que despejó además la calle de Oberkampf, y que poco despues habian sido tambien tomadas y destruidas las demás barricadas.

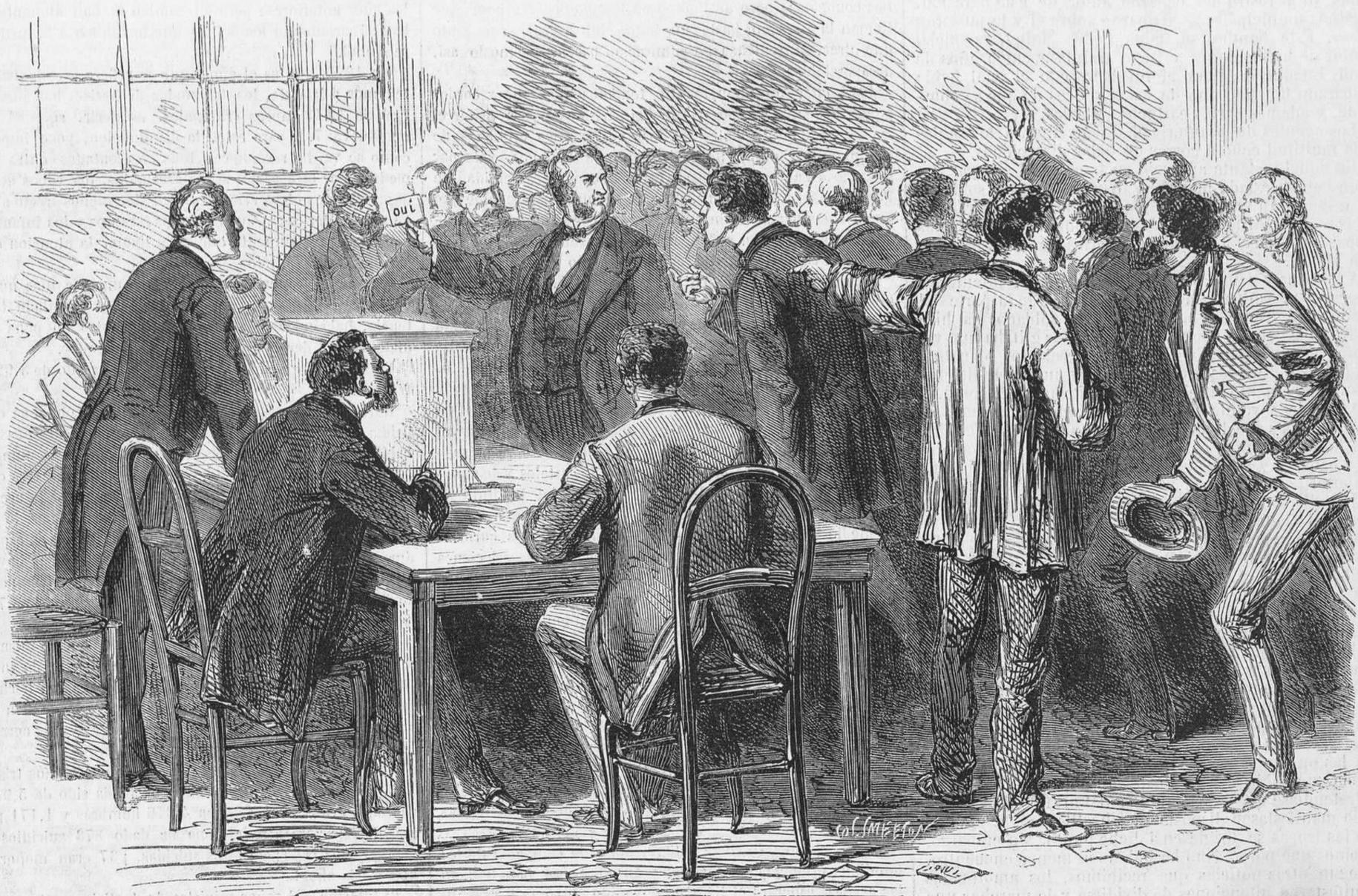
Hé aquí á poca diferencia todo cuanto ocurrió en el barrio del arrabal del Temple.

Entre tanto ocurrían otros hechos de mayor gravedad en la plaza del Chateau-d'Eau, delante del cuartel del Príncipe Eugenio.

A las nueve y media el teniente del regimiento de línea, núm. 29, M. Filaubert, salió del cuartel con algunos soldados, y en aquel momento adelantóse hácia él un hombre con un revolver en la mano, apuntóle, y le hirió gravemente en la mano derecha. Indignados los soldados, hicieron ademán de emplear las armas, pero



EL PLEBISCITO. — La votación del ejército. — Una votación electoral en la Escuela Militar



El plebiscito. — Un alto funcionario en la seccion de la Orangerie, en el Luxemburgo.



El plebiscito. — Aspecto de la plaza del Hotel de Villa en la noche del 8 de mayo.

el teniente les mandó retirar los fusiles que tenían apuntados ya al rostro del cobarde autor de esta agresión. Algunos municipales se arrojaron sobre él y le pusieron preso. Este hombre se llama Pedro Mallet, es oficial pintor de habitaciones y tiene treinta y cinco años de edad. Encontrósele aun el revolver, con el cual había disparado tan solo uno de los seis tiros de que se compone, y además varios cartuchos y balas.

Los agentes de la autoridad desenvainaron los sables y la multitud echó á correr en todas direcciones.

En aquel instante apareció en la plaza el general Lebrun con su estado mayor, y dispuso que los soldados se desplegaran en guerrilla y que impidieran el tránsito de carruajes. Al mismo tiempo se ponían en marcha las tropas destinadas á tomar las barricadas de la calle de San Mauro.

A las diez y veinte minutos ocho hombres intentaron desarmar al centinela del cuartel situado en la parte del arrabal del Temple, pero el valiente soldado les hizo rostro y se defendió como pudo mientras gritaba que vinieran á auxiliarle. En breve compareció un piquete y los ocho amotinados fueron presos y quedaron detenidos interinamente en el cuartel del Príncipe Eugenio.

A las diez y veinte minutos quedaron interceptadas todas las calles que desembocan en el arrabal del Temple.

A las once menos cuarto un escuadrón de cazadores de á caballo y un escuadrón de guardias de París que vinieron por la calle de Turbigo y por el arrabal de San Martín dieron una carga á la multitud y despejaron la plaza del Chateau-d'Eau.

A las once un nuevo piquete de cazadores de á caballo pasaba á galope por el Puente Nuevo en dirección al arrabal de Sebastopol.

A las once también, á poca diferencia, una partida de cazadores de infantería dió una carga á la multitud que aun llenaba la plaza del Chateau-d'Eau, á consecuencia de la cual quedaron heridos de mas ó menos gravedad algunos paisanos.

Casi á la misma hora se habían efectuado numerosas prisiones en el arrabal del Temple, que estaba á la sazón ocupado por cinco batallones de infantería y por varias partidas de municipales.

A las once y veinte minutos fué tomada la última barricada que había en la calle de San Mauro.

Pretendíase que los habitantes del arrabal de San Antonio manifestasen disposiciones hostiles en el caso de que las tropas se dirigiesen á dicho punto. Sin embargo, sabemos que por allá no ha habido el menor encuentro.

Segun otras noticias que recibimos, los amotinados manifestaron intenciones de dividirse y de marchar una parte de ellos á la orilla izquierda.

Pero tampoco tenemos datos para suponer que esa amenaza se haya realizado.

Parece que á las diez y media se oyeron en la calle de Angulema del Temple varios tiros que correspondían á los redobles de tambor que precedían á las intimaciones legales.

Por último, á la una de la noche, hora en que nuestro periódico entra en prensa, se nos dice que reina un gran pánico entre los habitantes de la calle del arrabal del Temple, y que por todas partes se ha gritado: «Cerrad los balcones, que van á hacer fuego.»

Dos amotinados han sido heridos gravemente al ser tomada por la tropa una de las barricadas de la calle de San Mauro. Han sido trasladados á una farmacia inmediata.

No ha dejado de reinar la mayor tranquilidad en los bulevares y en el barrio del arrabal Montmartre durante el anochecer de hoy, y los desórdenes del barrio del arrabal del Temple no han tenido eco alguno en los puntos que acabamos de indicar.»

Felizmente, aquí se acaba la historia de los desórdenes, y París ha vuelto á recobrar su tranquilidad de costumbre.

H. V.

Revista de Paris.

Se han concluido los bailes, el Teatro Italiano ha cerrado sus puertas, todas las diversiones de la temporada de invierno prolongada caprichosamente hasta el mes de mayo se han concluido, y París, esto es, el París que frecuenta esas diversiones y que todavía no se decide á emprender las excursiones veraniegas, no sabe qué hacer de las tardes y de las noches. Como recurso visita la Exposición de Bellas Artes; pero á las pocas visitas se acaba también este atractivo. ¡Ah! No es aquella exposición única, incomparable del año 1867, que nadie se cansó nunca de frecuentar, porque ofrecía siempre novedades interesantes para todos los gustos. Allí se podía pasar la vida. Y á decir verdad, muchos la pasaban, como aficionados se entiende, pues no nos referimos á aquella multitud de jurados, expositores, guardianes y demás que tenían obligación de estar constantemente en el Campo de Marte. Aquello era un mundo que no acababa nunca de descubrirse. Empero las galerías abiertas hoy en el palacio de la Industria se recorren pronto, y lo que hay que admirar en ellas, verdaderamente hablando, no es mucho.

París tiene veleidades incomprensibles. Nada mas natural que el entusiasmo que despertó en todas las clases aquella

exposición de 1867 que hará época entre todas las exposiciones conocidas; pero de tiempo en tiempo ocurren cosas que llaman la atención hasta un punto injustificable, en tanto que otras, muy dignas de admiración pasan, digámoslo así, desapercibidas.

Para citar un ejemplo, no tenemos mas que recordar aquel furor que se apoderó de los parisienses para visitar el campo de Pantin, teatro de los monstruosos crímenes de Troppmann. En lugar de ir al bosque de Boulogne se iba por la tarde á Pantin, un lugar extraviado en una extremidad de París, rodeado de fábricas, del aspecto mas desagradable que puede imaginarse. Y sin embargo, los carruajes mas aristocráticos se cruzaban en el camino. Las señoras, vestidas de paseo, se saludaban desde los coches como en una fiesta.

Ahora bien, en la actualidad se ha hecho un descubrimiento de que hemos hablado ya á nuestros lectores; se ha descubierto un circo galo-romano en las inmediaciones de la plaza Maubert, en un sitio por donde debe pasar una calle nueva. Las corporaciones científicas están en movimiento. París, que tiene monumentos de todas las épocas, se va á enriquecer con un anfiteatro romano. ¡Qué hallazgo! ¡Qué fortuna! Pronto, que se abra una suscripción para comprar el terreno de las antiguas arenas; y en efecto, se abre la suscripción, se llama á la gente por medio de carteles y de anuncios en los periódicos, uno de los sabios del Instituto de Francia se constituye todos los dias á una hora determinada en medio de las antiguas ruinas para explicar á los curiosos los detalles de la construcción y para hacer las descripciones de todo lo que se encuentra, medallas, vasijas, etc.; pero todo en vano: París no hace caso de la ciencia arqueológica, le importa muy poco conocer los testimonios de una civilización que ha desaparecido hace tantos siglos, no se interesa por los usos y costumbres de los remotos tiempos de los gladiadores.

¡Ah! Si la moda hubiese tomado por su cuenta el circo galo-romano de la calle Monge, habría sido otra cosa. Entonces habría habido grandes entradas, la suscripción habría subido como por encanto; las medallas y los cacharros que se encuentran entre las ruinas se habrían comprado á precios exorbitantes y habrían servido de modelos á los industriales.

El descubrimiento corre peligro, pues; la compañía de los omnibus, propietaria del terreno en donde se han hallado las arenas, esperará el tiempo conveniente, y como verosimilmente no se reunirá el millón de francos que pide por su cesión, volverá á echar tierra encima y se dejará para mejor ocasión el aprovechamiento del antiguo anfiteatro.

No hay para qué decir que no son estos nuestros deseos. Sin embargo, por lo que presenciámos, casi podríamos asegurar que no sucederá otra cosa. Veremos pues, hasta qué punto nos engañamos, y no tardaremos por cierto en salir de dudas.

Las estadísticas parisienses ofrecen siempre datos interesantes y curiosos, como no puede menos de suceder tratándose de una población tan numerosa.

La municipalidad publica de tiempo en tiempo boletines en cuyos cuadros ofrece los documentos mas precisos y naturalmente mas auténticos que se dan á la estampa, por cuya razón las noticias que encierran pueden servir de regla fija para los diferentes ramos á que se refieren.

Tomemos esta vez los nacimientos, matrimonios y defunciones correspondientes al año último.

Sabido es que el censo de 1866 da á París una población de 1.825,000 habitantes.

Ahora bien, durante el año 1869, el estado civil ha consignado 54,937 nacimientos, esto es, tres por cien habitantes anualmente, y por término medio, 151 cada día.

Componen este guarismo 28,121 varones y 26,816 hembras: 39,571 hijos legítimos y 15,366 hijos naturales, de los cuales no fueron reconocidos 11,857.

Los casamientos llegaron á la cifra de 18,948, siendo el mes de abril aquel en que aparece el mayor número: 2,023.

Sabemos pues, en qué proporciones nacen y se casan los parisienses: veamos ahora el capítulo de las defunciones.

En el año 1869 ha habido 45,872 muertos, cuyo guarismo da 2 51 por cien habitantes cada año, y por término medio 125 defunciones al día.

La cifra se divide entre 23,969 hombres y 21,093 mujeres.

Ya hemos dicho que el año 1870 comienza bajo malos auspicios: las viruelas y las pulmonías han hecho y están haciendo aun mas víctimas que de costumbre.

A muchas comparaciones se presta esta estadística, tomando por ejemplo los cinco últimos años; pero solo nos haremos cargo de un punto, que es el de los matrimonios, que han seguido una marcha progresiva.

Por ejemplo, en 1865 hubo 16,540; — en 1866, 17,201; — en 1867, 17,730; — en 1868, 18,596, y en 1869 ha habido 18,948.

Es de esperar que en proporción á este aumento vaya disminuyendo en París la plaga de los hijos ilegítimos.

Y ya que, por excepción nos ocupamos de estadística, séanos permitido consignar aquí otros datos no menos curiosos acerca de los asuntos criminales, datos no menos fidedignos, pues los entresacamos del informe que acaba de presentar al emperador el señor ministro de Justicia,

Las causas criminales han sido menos numerosas que en los años anteriores; pero en cambio se han aumentado extraordinariamente los delitos que incumben á la justicia correccional.

En 1868, que es el año á que se refiere la estadística que tenemos á la vista, los tribunales de Assises han juzgado en Francia 3,613 causas criminales, es decir, solo 81 menos que en 1867, y para esto, la disminución, poco importante como se ve, ha recaído casi toda en atentados contra la propiedad. Por otra parte, si los asesinatos, los robos domésticos y algunos otros crímenes, han sido menos frecuentes que en años anteriores, en cambio los estupro y los infanticidios han tenido un aumento que debe llamar la atención del legislador y del filósofo.

La pena de muerte no ha sido pronunciada mas que once veces en 1868 cuatro solamente ha sido ejecutada la sentencia, habiéndose conmutado las restantes en pena inmediata, por el derecho de gracia del emperador.

En 1868, el importe total de los robos ha sido de 3.927,180 francos.

Curiosa es también la estadística de las condenas en rebeledía. Gracias á la facilidad de las comunicaciones y á la habilidad de los criminales, estas condenas han aumentado en una sexta parte, y está demostrado que las tres cuartas partes de estos condenados logran sustraerse á la acción de la justicia hasta la espiración de la pena.

En cuanto á las causas correccionales, la cifra es espantosa durante el mismo año; 159,159 causas, si bien hay entre ellas 23,600 por contravenciones fiscales. Los tribunales de simple policía han tenido que juzgar por su parte 374,026 causas.

Los procuradores imperiales han presentado en el mismo año 331,572 quejas ó sumarias verbales; los jueces de instrucción han incoado 59,917 sumarias, y solo se han hecho durante el año 71,547 prisiones. Solo en París se han hecho prisiones de 22,153 licenciados de presidio y casas correccionales que han cometido nuevos crímenes.

El capítulo referente á los suicidios no es menos triste.

El número de estos, que en 1867 había sido de 5,011, ha subido á 5,547 en 1868, sea 4,376 hombres y 1,171 mujeres. El departamento del Sena ha dado 873 suicidios, 187 mas que en 1867; de estos suicidas, ¡37 eran menores de diez y seis años!

El informe del señor ministro de Justicia contiene observaciones muy notables, y de ellas copiaremos las siguientes, para que se vea cómo preocupa al gobierno el aumento de la criminalidad que se observa en Francia.

«No es por eso menos evidente, dice el informe, que se manifiesta una progresión de criminalidad que tiene que preocupar á todos los que cooperan á las obras de la justicia, ó que consultan aquella, como sistema revelador del estado moral del país.

» El gobierno está decidido á estudiar todas las reformas legislativas que puedan ejercer influencia en los casos de reincidencia, y especialmente los que se enlazan con el sistema penitenciario, y sabe que puede contar con el celo de la magistratura, dispuesta á secundarle en esta difícil obra.

» Pero la ley y la justicia represiva no tienen mas que una acción limitada.

» A todos los hombres ilustrados toca favorecer la propagación de los sentimientos del deber y del honor, que son las verdaderas garantías de la moralidad cuando se les fortifica por la instrucción, la educación de la familia y la religión.

» El concurso activo é incesante de las fuerzas públicas y de los esfuerzos privados, es el único que puede suavizar las costumbres y combatir la marcha ascendente de la criminalidad.»

Dejemos ya la estadística para tratar de cosas mas amenas.

Los teatros de París luchan vigorosamente contra el súbito cambio de temperatura que nos ha introducido de repente en medio del verano. Los parisienses huyen del teatro cuando hace calor, y su espectáculo favorito es el paseo nocturno á orillas de los lagos del bosque de Boulogne. No hay modo de atraer gente, ni aun regalando las entradas.

Sea como quiera, en la última semana hemos tenido varias novedades.

La primera de ellas es un drama en un acto y en verso titulado *Flava*, que se representa en el Odeon, y que lleva el nombre de M. Jean de Vistre, seudónimo de un joven funcionario público.

Nuestros lectores recuerdan sin duda lo que decíamos sobre esta nueva literatura dramática de proporciones microscópicas, cuyo jefe es M. Coppée, el autor del *Passant* y de los *Dos dolores*. Cada comedia de estas es un diálogo pretencioso sin acción, sin movimiento, reñido con las reglas mas elementales del arte escénico.

Flava es una cortesana romana que avergonzada de su degradación, y sintiendo en su alma el vacío de no haber despertado nunca el amor de un hombre, resuelve envenenarse.

En esto estalla una revolución: el rey bárbaro Armor, que estaba prisionero, rompe sus cadenas, y seducido por la belleza de la cortesana, la ofrece su mano y su trono; pero *Flava* había apurado ya el tósigo fatal, y su último consuelo es oír hablar de amor, esa palabra que momentos antes la habría hecho tan dichosa,

Un mérito tiene esta producción, y es la facilidad con que

está versificada. El autor posee seguramente el instinto del diálogo dramático; pero esto no basta, necesita además sujetar á su musa á las condiciones requeridas por el arte.

Al mismo tiempo que en el Odeon se estrenaba *Flava*, en el teatro de Cluny se ponía en escena una comedia en tres actos titulada *la Bola de nieve*, y escrita por los señores Brisbarre y C. Nus, dos autores que tienen ya un largo y celebrado repertorio.

En su nueva obra han dado una prueba mas de lo bien que conocen el teatro.

Hé aquí el argumento en breves palabras.

Horacio Maucler ha sido un libertino descarado durante su juventud; mas llegado á los cuarenta años cambia de conducta y se consagra al cuidado de una jóven llamada Magdalena, que un amigo suyo le ha recomendado en su lecho de muerte.

Con efecto, Horacio viene á ser el dechado de los tutores, no obstante los restos de una pasión que le ligan todavía con madama de Marsanne.

Llega la edad en que debe casarse Magdalena, y como es una heredera rica, no le faltan pretendientes.

M. de Aigrefeuille obtiene su mano; pero hé aquí que madama de Marsanne se imagina locamente que Horacio está enamorado de su pupila, y una palabra suya basta para romper el proyectado enlace.

Sin embargo, no deplora el rompimiento Magdalena, que está enamorada de M. Baudry, quien fácilmente ocupa el puesto del dimisionario.

Entre tanto la palabrita de madama de Marsanne va haciendo camino y aumentándose: es la bola de nieve.

Muy luego llega á oídos del futuro.

M. de Baudry se ve entonces como juguete de cuantos le rodean: le arrojan miradas significativas, se sonrien, hablan en voz baja. No hay remedio, es preciso que ponga en claro aquella situación incomprensible, y el mismo día de sus bodas sabe por fin la espantosa verdad: todo el mundo cree que Magdalena ha sido amada por Horacio.

¿Qué hacer contra aquella calumnia?

Los antecedentes de Horacio son fatales, y Magdalena no tiene en su favor mas que su sinceridad y sus lágrimas.

Los esposos van á separarse, casi al salir de la iglesia, cuando madama de Marsanne, retrocediendo al fin ante las consecuencias de una situación que ella ha creado, se acusa del mal que ha hecho y el marido se arroja á los piés de su esposa, solicitando su perdón por el ultraje que inconsideradamente ha inferido á su honra.

Por este rápido análisis se ve que hay aquí una acción fundada en elementos verdaderamente dramáticos. Los autores han sacado todo el partido que los escritores experimentados saben sacar de un plan que reúne tales condiciones: hay interés en su obra, movimiento, caracteres bien delineados y situaciones conmovedoras.

Luego la ejecución es esmerada. La señorita Kelly y M. Richard merecen los aplausos con que el público ha recompensado sus esfuerzos.

En suma, el teatro de Cluny ha hecho una bonita adquisición con la *Bola de Nieve*, que por ahora parece llamada á obtener la boga del *Judío polaco* ó de los *Inútiles*.

MARIANO URRABIETA.

Fiesta literaria en Madrid.

DISCURSO DEL SEÑOR LOPEZ DE AYALA EN SU RECEPCION EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

Si examinamos en conjunto todas las formas en que presenta la pasión amorosa, hallaremos agotadas en su teatro cuantas penas, placeres, travesuras, hazañas y crímenes puede inspirar al hombre.

Animando la encantadora fábula de los griegos, nos presenta al hijo de Vénus, que embelesado en la hermosura de Psiquis, depones el arco y la flecha, y herido con sus propias armas, y sintiendo en su pecho todas las penas que ha producido en los ajenos, manifiesta, con general alborozo de sus víctimas, que *Ni amor se libra de amor*. Hércules, vencedor de hidras y serpientes, recobra nueva vida, y sintiendo de nuevo su pasión á Iole, confiesa apenado que, si él ha vencido fieras, *Fieras afemina amor*. Aura, ninfa de Diana, en quien la diosa castiga delitos amorosos, al convertirse en aliento de las flores, en alférga mensajera de quejas y suspiros, y en sutilísima inspiradora de dulces afectos y celosas inquietudes, presenta el magnífico espectáculo de la naturaleza entera alternativamente inquieta y embelesada al vívífico soplo del amor.

Desciende á la vida real sin perder en nada su grandeza, y sabe dar á los cuadros mas íntimos y familiares aquella maravillosa lontananza en que consiste el gran secreto del arte. — *Antes que todo es mi dama*, exclama

don Félix corriendo á socorrerla, y anteponiendo esta obligación á todas las que al mismo tiempo y con igual empeño le solicitan. — *No hay burlas con el amor*, confiesa afligido el desenfadado don Alonso al sentirse profundamente enamorado de aquella peritísima señora á quien por burla comenzó á requebrar. — Verdadero y sublime es el amor de don Carlos en *No siempre lo peor es cierto*, al sentirse ofendido de su dama, domina valerosamente sus celos, y creyendo comprometido el honor de ella, acude á restaurarlo, pretendiendo casarla con el hombre á quien juzga amado, porque un pecho generoso no puede tomar otra venganza de una mujer que obligarla á comprender el noble corazón que ha perdido. — Tremendos son los efectos de la amorosa llama en la singularísima creación de *la Hija del aire*. Aquel Menon, favorito de Nino, que al dar libertad á la salvaje Semiramis, se apasiona de ella hasta el punto de intentar elevarla desde la gruta en que la encuentra, hasta el palacio en que él habita; que competido despues por su rey, insiste en su empeño y tiene el valor de confesárselo á él mismo, y envenenado con el recuerdo del momento en que fué correspondido, suelta la rienda á su pasión y pierde la privanza, la hacienda, el honor, y hasta los ojos que el rey, ya tirano, manda sacarle para que no la vea; y aun así busca á tientas los sitios donde pueda oír aquella voz tan funesta como idolatrada: aquel rey tan justo por su naturaleza, tan impío por su pasión; aquella soberbia Semiramis, que abandona á su bienhechor, avasalla á su soberano y sube al trono pensando en mayores grandezas, dejan el ánimo conmovido y abortido, tristemente considerando que no hay catástrofe á que el amor no pueda conducir, ni sima mas difícil de llenar que el alma de una mujer ingrata.

El Tuzaní de las Alpujarras nos enseña á *Amar despues de la muerte*; y puesto que el amor traspasa la tumba, mas allá de sus dinteles le persiguen los desesperados celos del Tetrarca de Jerusalen.

Vemos pues que la religion, el valor, la lealtad, la honra y el amor, tienen en su teatro la misma importancia que en su tiempo.

Humano y universal, sin dejar nunca de ser español, compuso sus obras con los mismos elementos que constituyen nuestro carácter. Animadas por su genio, contemplamos eternamente vivas las altas cualidades de nuestros padres, como, merced á la ceniza del Vesubio, nos paseamos hoy por las calles de Pompeya.

Esta, que era parte, se ha convertido en cuerpo de mi discurso, ganando insensiblemente el espacio destinado á las otras. — Eso tienen los grandes monumentos arquitectónicos: la armonía del todo disminuye el tamaño de cada una de las partes, que examinada aisladamente y de cerca, cobra de súbito sus colosales proporciones.

No puedo ya detenerme en contestar minuciosamente, como era mi propósito, á todos los cargos fulminados contra nuestro autor desde que en el siglo pasado comenzó á penetrar nuestra literatura el espíritu francés hasta la triunfante aparición del romanticismo, revolución á que en gran manera contribuyó la influencia contrariada, pero nunca extinguida, de las obras que analizamos, batalla que, como el Cid, ganó Calderon despues de muerto.

Ordenando los inmensos materiales, hacinados por Lope, y cuidando ante todo de la disposición dramática de sus planes, no niego que solo cultivó sus otras cualidades lo necesario para manifestar que las poseía; género de descuido que ha dado ocasión á muchos de los críticos para acusarle de incorrección en el estilo; de falta de provechosa doctrina en los asuntos, y de variedad en los caracteres.

Cierto que era incorrecto; pero como lo es, examinada á partes, la naturaleza: estos detalles defectuosos, solo vistos desde la altura del conjunto, adquieren sus debidas proporciones. Perfectísima halláramos la naturaleza si pudiéramos contemplarla desde la mente del Creador. Indignos sin duda de entender en estas materias son los que pretenden convertir al artista en mero expositor de máximas morales, ó en juez severo que administre recta justicia entre los personajes de su fábula. Juzguemos de la moralidad de una obra por los instintos ó pasiones que despierte; por la impresión final que deje en el alma, y no por la acertada distribución de premios y castigos. — Y en cuanto al provecho, harto sirve á la humanidad el que la ennoblece cultivando su imaginación; facultad del alma que, suprimida, se llevaría evocar, á mas de los ya citados, nuevos caracteres que defendieran á su autor del cargo injusto de no saber describirlos ni variarlos; vendría entre ellos aquel don Lope de Figueroa, tan sóbria y magistralmente trazado, que al crítico francés Vice-Castell, que ignoraba que fuese un personaje histórico, hizo exclamar: « Este hombre parece que ha existido. » No juzgo necesaria mejor defensa.

Ni ya me es posible, sin fatigar vuestra atención, considerar á Calderon como filósofo, ni, lo que mas siento, examinando el teatro anterior á su tiempo dentro y fuera de España, demostrar los grandes y variados recursos y felices innovaciones que introdujo en el arte; tanto como á su ardiente españolismo debió á esta rara cualidad el cetro que Quintana acata en sus manos.

La perspectiva teatral, clara siempre á sus ojos, como nota entusiasmado Schlegel; el inmenso horizonte de que rodea los cuadros que traza; la fria exactitud con que calcula el efecto; la rica fantasía con que lo poetiza, cualidades antitéticas que nadie, antes ni despues, ha logrado juntar en grado tan eminente: la inagotable inventiva de su fábula; la amplitud con que la dispone;

la facilidad con que la reconcentra; la serena superioridad con que la domina, apareciendo siempre lógico y siempre inesperado, ponen en su teatro un sello de grandeza y originalidad que nosotros no podemos apreciar cumplidamente, porque, difundida su influencia por todas las venas de la literatura dramática, antes hemos conocido las imitaciones que el modelo, y no percibimos en toda su fuerza la alta novedad que con tanto regocijo y asombro gozaron sus primeros espectadores.

Corneille le debe su *Heraclio*; Moliere halló sus *Mujeres literatas* en *No hay burlas con el amor*. En el *Mágico prodigioso* está el *Fausto*, de Goethe. *Gustos y disgustos son no mas que imaginación*, sugirió á Dumas la *Gabriela de Belle-Isle*. En la *Hija del aire* están idénticos los caracteres que dieron vida á *Catalina Howard*. Una sola cualidad de Calderon le bastó á Scribe para dominar por largo tiempo el teatro de Europa. Muchos son sus imitadores; todos sus favorecidos.

No ha dado despues el teatro un paso tan gigantesco como el que dió á su impulso. Si en él expuso una sola civilización, hizo capaz su esfera de contener todas las sucesivas evoluciones del espíritu. El alma es de su tiempo, la forma parece inspirada por el presentimiento de los futuros.

La patria le debe un monumento elevado en honra de todas sus grandezas morales: el mundo la dilatación de las fronteras del arte; y un alto ejemplo de integridad y honor los que fueron testigos de su vida. — El poeta despertó un entusiasmo que aun no se ha extinguido; el hombre mereció un respeto á que jamás osaron la maldad ni la envidia en el siglo de Quevedo y Villamediana. — ¡ Rara y dichosa union de la virtud y el genio! ¡ Feliz mil veces quien tales dones recibe del Creador, y mas feliz todavía quien tan dignamente los emplea!

CONTESTACION DEL SEÑOR MARQUÉS DE MOLINS AL DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR AYALA ANTE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Señores: muchos años hace ya que una de esas tempestades políticas que aun no han cesado en España tenía alejados de su suelo patrio á dos ilustres hijos de Andalucía, de los que mas gloria han dado con su palabra á nuestra tribuna, mas fama con su pluma á nuestras letras, mas honra con su nombre y sus trabajos á esta Academia.

Las sillas que en ella ilustraron están ya ocupadas por dignos sucesores suyos; pero su memoria subsistirá viva para todos, y los que fueron antes cooperadores con su palabra, se tornarán en autoridades con sus escritos para el trabajo permanente que nos está encomendado.

Ya adivináis, señores, que me refiero á nuestros inolvidables compañeros y maestros don Antonio Alcalá Galiano y don Angel de Saavedra, duque de Rivas, predecesor el uno del nuevo académico á quien acabais de oír; antecesor mio el otro en este difícil puesto en que vuestra indulgencia una y otra vez me ha colocado.

En la ocasión á que me refiero ambos insignes prosopistas daban ejemplos, no con sus palabras solamente, sino con sus escritos, de estóica resignación y de levantado patriotismo, ilustrando la historia y enriqueciendo la literatura de la lejana patria, ora en las populosas orillas del Sena, ora en las mas benignas márgenes del Loira.

Pintaba el uno en español romance las novelescas córtes de Córdoba y Búrgos, y daba á la estampa, si no la mas popular, sin duda la mas importante de sus producciones, *el Moro expósito*.

El otro prosopista, el señor Galiano, fiel y cariñoso con su amigo, con aquella amistad que comenzando en los juveniles devaneos de Andalucía, en donde casi á la vez nacieron, llega providencialmente hasta el sepulcro, al cual casi también á un tiempo habian de bajar; el otro, digo, el señor Galiano, pone al servicio de su amigo sus conocimientos familiares en idiomas extranjeros, y su pasmosa erudición en todas las literaturas, mostrándolo aventajadamente, ya en la dedicatoria á sir John H. Frere, que escrita en la lengua de Shéridan precede al poema español, ya en el prólogo que le sirve de introducción y comentario.

En aquel breve pero luminoso escrito se hallan estas notables palabras; que aun mas que á la leyenda de Mudarra, parece se refieren á la disertación que acabais de oír:

« No se atina, decía Galiano, por qué en España, » donde aun hoy día son justamente venerados Lope, » Calderon y Moreto, no haya de examinarse y discutirse » si la clase de drama que ellos concibieron es susceptible de cultivo y mejoras para dar de sí una producción » nacional, robusta y lozana, en vez de la planta raquí- » tica que manifiesta á las claras su origen extranjero y » aclimatación imperfecta. »

Puede, como veis, decirse que el señor Lopez de Ayala, al elegir el tema de su disertación, ha cumplido un legado literario de su ilustre predecesor. De qué manera, y con cuánta religiosidad y bizarría lo ha realizado, vosotros, que no yo, podreis juzgarlo; porque de mí sé decir que si me fuese preciso continuar su discurso, en este punto terminara el mio, no asistiéndome, como no me asisten razones para contradecirlo ni suficiencia para comentarlo.

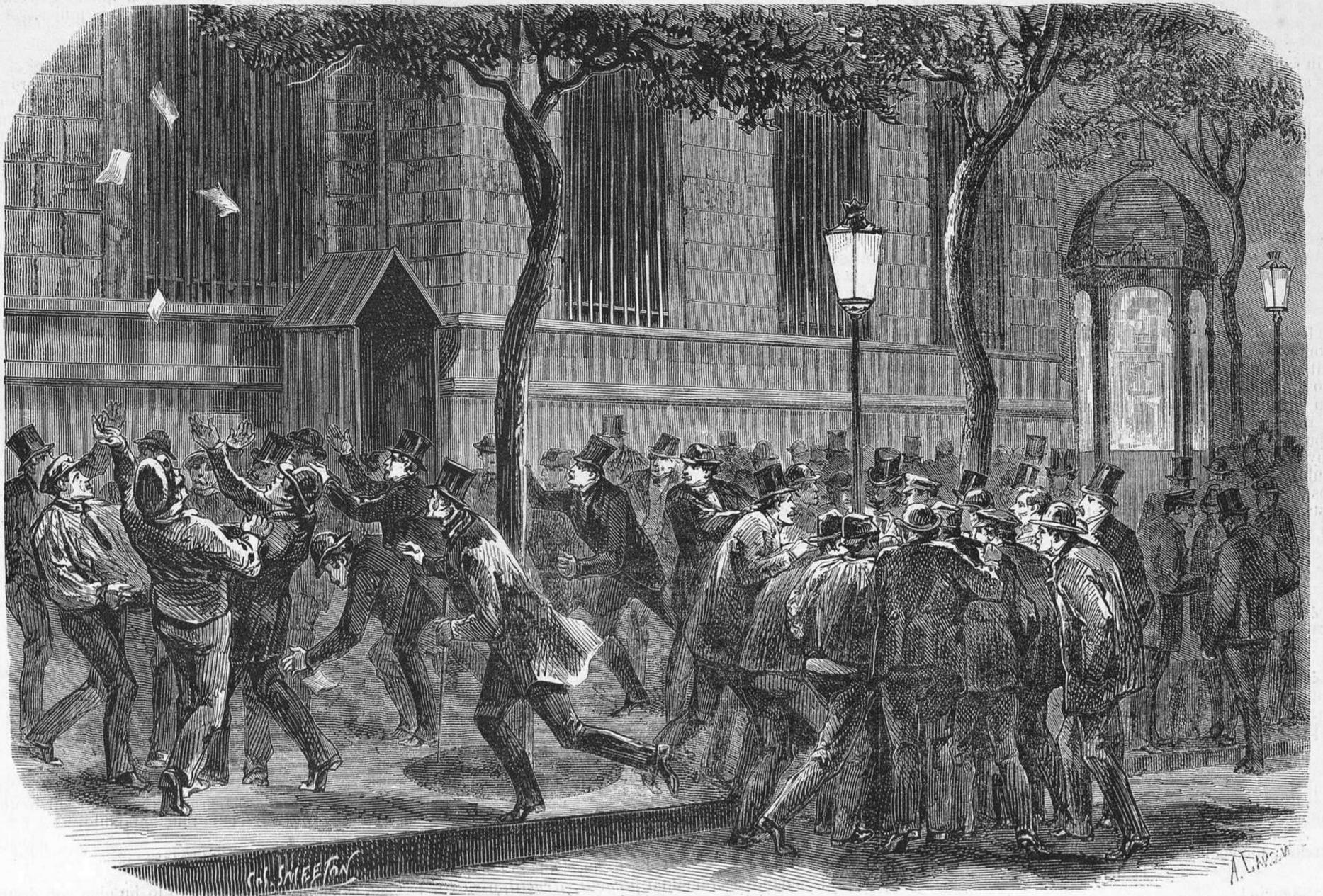
(Se continuará.)



El plebiscito. — Ocupacion del Luxemburgo por la tropa.



El plebiscito. — La artillería en el patio del Conservatorio de Artes y Oficios.



El plebiscito. — Los soldados del cuartel Napoleon arrojando al pueblo boletines con el resultado del escrutinio.

Literatura dramática.

EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

(Continuación.)

CONDE.

¡Yo loco! ¡Qué desvarío! Quiero probar que mi cabeza está sana.

DUQUE.

Dejad libre al conde. (*Los lacayos le sueltan y salen, excepto el último, á quien el conde da una bofetada.*)

CONDE.

Dispensad, príncipe, que me haya excedido en vuestra presencia; no he podido resistir al primer impulso de mi justa cólera, ¡me han tratado tan indignamente! No hay primer ministro en el mundo que haya sufrido jamás semejante violencia... Pero lo que quiero probar es la fuerza de mi juicio, no la de mi mano. ¿Quién ha dicho que yo estaba loco, baron? A vos os lo pregunto.

BARON, aparte.

¡Qué idea! Sí, sí...

CONDE, con fiereza.

Repito mi pregunta, baron. ¿Quién me acusa de locura?

BARON, con aire de autoridad.

¡El agente secreto!...

CONDE.

El agente se... ¡Ah! es verdad... él debe ser... no pregunto mas (*Cae en un sillón. El duque y Ernestina se rien... rodean al conde. — Cuadro final.*)

ACTO SEGUNDO.

Un salón en el palacio del duque Victor, elegantemente amueblado y dispuesto para una fiesta; detrás otro salón que se comunica con el primero por medio de arcos esculpados. Desde ambos salones se distinguen los jardines de palacio iluminados con vasos de colores. Dos puertas laterales, una á la izquierda y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE STEINHAUSEN solo, y luego NETCHEN.

CONDE.

He cavilado tanto que pierdo la cabeza y no puedo combinar un plan para descubrir quién es el misterioso intruso. Ayer le seguía las huellas y le habría encontrado á orillas del estanque si la duquesa no hubiese caído en el singular error de creer que me había vuelto loco y no hubiese despachado al imbécil chambelan para apoderarse de mi persona. Y ahora lo que resulta es que soy el juguete de la corte; pero me importaría poco si hubiera podido tener una conversacion de cinco minutos con el agente secreto (*Sale Netchen tarareando.*) Ya está aquí Netchen, siempre metiendo ruido en palacio. Si quisiera podría servirme. (*La llama.*) ¡Netchen!

NETCHEN, fingiendo estremecerse.

¿Qué hay? V. E. me ha dado miedo, he creído que era...

CONDE.

¿Quién?...

NETCHEN, misteriosamente.

El agente secreto.

CONDE.

Justo, la persona de quien quería hablaros, pues la conocéis, Netchen, y por tanto...

NETCHEN, meneando la cabeza y poniéndose un dedo en la boca.

¡Silencio!...

CONDE.

Comprendo: en boca cerrada no entran moscas... Pero podiais dejar escapar un indicio.

NETCHEN.

¡Imposible!

CONDE.

Sois una mujercita harto prudente para cerrar los ojos ó la mano cuando vuestro interés está de por medio. (*La entrega un bolsillo.*)

NETCHEN.

¡Justo cielo! ¿Qué es esto?

CONDE.

Sea lo que sea, guardadlo.

NETCHEN.

¿Y no hagais preguntas?

CONDE.

No hagais preguntas, pero responded á las que yo haga. Decidme lo que sepais acerca de ese agente secreto y seré todavía mas generoso.

NETCHEN.

¡Oh! No sé nada.

CONDE.

Entiendo, entiendo. No sabeis nada... Admiro vuestra discrecion, Netchen, pero sin duda conocéis á alguien que sabe algo mas, y si cien florines pudieran agrandar á esa tercera persona, los daría gustoso por obtener una entrevista con el misterioso consejero de Su Alteza.

NETCHEN.

¡Cien florines! Quizás, en efecto, se podría hacer algo... Yo no prometo nada; pero podría ser que viniese esta noche cierta persona al baile de máscara de la señora duquesa.

CONDE.

¡Cierta persona! Adivino... No nombremos á nadie, es muy diplomático. Proseguid, Netchen.

NETCHEN.

Una persona disfrazada de Mefistófeles.

CONDE.

Excelente disfraz para un agente secreto.

NETCHEN.

Pero no hablareis vos el primero.

CONDE.

Observaré la etiqueta, esperaré á que me hablen.

NETCHEN.

Pero si la persona dijere *pi*, el que quiera hablar con ella debe responder inmediatamente *rueta*.

CONDE.

¡Ah! Si, *pirueta*, ya caigo. No lo olvidaré. Pirueta, pirueta. Gracias, Netchen.

NETCHEN.

Naturalmente V. E. estará de máscara y elegirá un traje particular para hacerse reconocer.

CONDE.

Es verdad. Me disfrazaré de señora italiana.

NETCHEN.

¡De señora italiana!

CONDE.

Sí, podeis decírselo á Mefistófeles.

NETCHEN.

¡Cuidado con decir á Mefistófeles que hemos hablado! (*Se pone el dedo en la boca.*)

CONDE.

¡Qué astuta es! Nada, nada, lo he olvidado todo, excepto la palabra sacramental *pirueta, pirueta, pirueta*. Gracias, voy á disfrazarme. (*Váse.*)

NETCHEN.

Y yo voy á ver al chambelan. (*Sale Roberto sin que le vea Netchen.*) ¡Qué fácilmente engaña una mujer á los hombres de Estado!

ESCENA II.

NETCHEN, ROBERTO.

ROBERTO.

¿Qué estás diciendo? ¿Y á mí me has engañado?

NETCHEN.

Tú no eres hombre político.

ROBERTO.

Ni tonto ¿no es verdad?

NETCHEN.

Nunca me habria yo casado con un tonto.

ROBERTO.

Enhorabuena. ¿Has visto al conde Steinhausen, como te encargó Su Alteza?

NETCHEN.

Ahí estaba hace un instante, y por cierto que me ha dejado para tí esta leve muestra de su gratitud. (*Enseña el bolsillo.*)

ROBERTO.

¿Para mí? Muchas gracias. ¿Y con qué motivo? (*Alarga la mano para recibir el bolsillo que Netchen no le entrega.*)

NETCHEN.

Tienes que ganarlo.

ROBERTO.

¡Ah! ¿Y cómo?

NETCHEN.

Te bastará decir á S. A. que el conde Steinhausen asistirá al baile vestido de señora italiana, con el fin de encontrarse con el agente secreto disfrazado de Mefistófeles. Yo entre tanto voy á persuadir al baron Stanbach, no menos deseoso de conocer al agente secreto, que debe disfrazarse de Mefistófeles, si quiere convencerse de que el misterioso desconocido es una mujer.

ROBERTO.

Eres un genio para la intriga, Netchen; pero mira que ya están ahí los músicos. (*Se oye música.*) Corro á llevar al duque mi mensaje. Será gracioso ver cómo los dos zorros de la corte se empujan el uno al otro hácia la trampa.

ESCENA III.

Algunos cortesanos atraviesan los salones. Se oye la orquesta del baile. Salen la DUQUESA, acompañada del conde OSCAR y de ERNESTINA.

DUQUESA.

¡Bonita fiesta! ¿No os parece así, conde Oscar?

OSCAR.

Bonitísima. La última fiesta de la Malmaison á que me convidó la emperatriz no estaba tan brillante.

ERNESTINA.

Esa música cuyos sonidos llegan aquí por encima de las aguas del lago, es deliciosa. (*La duquesa se aleja con las damas, observando á Oscar y á Ernestina.*)

OSCAR.

Es angelical, como debe ser la música que se oye en el cielo, ¿no es verdad? Os lo pregunto á vos que sois un ángel.

ERNESTINA, riendo.

¿No habeis traído de Paris una lisonja menos gastada?

OSCAR.

Con efecto, muchas veces habeis debido oír lo que os he dicho. (*Aparte.*) Tiene mucho talento.

ERNESTINA.

No, es la primera vez; pero lo he oído con destino á otras,

OSCAR.

Que quizás no se reían como vos. (*Se aleja con disgusto.*)

DUQUESA, acercándose.

Ernestina, tengo que hablaros. He notado el aire burlesco con que habláis al conde Oscar. No olvidéis que debe ser vuestro esposo, y que no os perdonaré que le sacrifiqueis á ese espía que sin saber cómo se ha introducido en la corte.

ERNESTINA.

Soy demasiado sincera para no confesaros, mi querida tía, que exigís de mí una cosa que hoy no sería mas difícil que ayer.

DUQUESA.

Cuento con que mañana me dareis una contestación dictada por la cordura. (*Llegan muchas máscaras, que interrumpen este diálogo. — Se oye un vals. — Sale el duque de dominó. — Oscar invita á Ernestina.*)

OSCAR.

¿Tendré el honor de bailar con vos un vals, señorita?

ERNESTINA.

Le he prometido ya, señor conde.

DUQUESA.

¿A quién, señorita?

ERNESTINA.

Al agente secreto del duque, y esta nota que os entrego os probará que el duque lo aprueba. (*El duque, de dominó, viene á tomar la mano de Ernestina, que da un papel á la duquesa y pasa con el duque al segundo salon.*)

DUQUESA.

Conde Oscar, habeis llegado tarde, segun creo. Os felicito por vuestra paciencia. Lo que es yo he agotado la mia, y todo esto me parece una provocación calculada.

OSCAR.

¿De veras lo creéis así?

DUQUESA, hablándole al oído.

Tengo poderosas razones para creer que teneis un rival...

OSCAR.

¿Un rival para el vals?

DUQUESA.

Y para el matrimonio.

OSCAR.

Y ese rival es...

DUQUESA.

El agente secreto del duque.

OSCAR.

¿Estais segura de lo que decís?

DUQUESA.

Sí, pretende la mano de mi sobrina.

OSCAR.

¡Ah! Le compadezco.

DUQUESA.

¡Le compadeceis!

OSCAR.

Le daré una lección de que se acordará, á menos que no le quite completamente la memoria.

DUQUESA.

¡Un duelo!

OSCAR.

Si tiene derecho de usar espada, tendrá el honor de cruzarla con la mia.

DUQUESA.

Aplaudo vuestro valor, conde; pero vereis como se niega.

OSCAR.

Espero que muy pronto saldremos de dudas. (*Váse.*)

DUQUESA.

El conde Oscar tiene tres años de sala. (*Se oye la música,*

y comienza el baile en el salon del fondo. La duquesa va de una parte á otra haciendo saludos, cuando sale el baron Stanbach disfrazado de Mefistófeles.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS Y EL BARON.

BARON.

Es una metamorfosis portentosa. Cuando me miré al espejo, tuve miedo. Dicen que el hábito no hace el monje; pero este traje diabólico me haría ilusión á mí mismo, si yo no me dijera sin cesar que soy el baron Stanbach, gran chambelán de Su Alteza. Ahora, atención: Netchen me ha prometido que el agente se revelaría á mí esta noche, y confesando que era una mujer. ¡Bien lo adiviné! (*Pasa al otro salon y sale el conde de Steinhausen vestido de señora italiana. Las máscaras continúan atravesando el escenario.*)

ESCENA V.

EL CONDE, VARIOS MÁSCARAS, EL BARON.

CONDE.

Preciso es que mi traje tenga atractivos, pues todo el mundo me mira. El disfraz es extraordinario para un primer ministro; pero gracias á mi peluca, quién podría reconocerme...

UN MÁSCARA, en italiano.

Hermosa señorita, pongo mi corazón á sus pies (*Saluda al conde.*)

CONDE, en italiano.

¡Buenas noches! Es todo lo que sé; pero tendrán que contentarse con ello los que me hablan en la lengua del Dante.

OTRO MÁSCARA, en italiano.

¿Me hará el honor la señorita de bailar conmigo?

CONDE.

¿Qué decís? ¡Ah! sí, buenas noches.

EL MÁSCARA.

¿La señorita habla italiano?

CONDE.

Buenas noches, ya os lo repito, es todo lo que tengo que decir, y os suplico que os retireis, porque si papá os viera, se enfadaria. Buenas noches.

EL MÁSCARA.

Adios, lindísima. (*Váse.*)

CONDE.

Me canso ya de decir: ¡Buenas noches! Si quisiera aparecer Mefistófeles. (*Se mezcla en los grupos de máscaras.*)

BARON, volviendo del otro salon y distinguiendo al conde.

¡Ah! Es ella.

CONDE, distinguiendo al baron.

¡Ah! por fin le encuentro.

BARON, aparte.

¡Qué hermosa mujer! ¡Si habré producido yo en ella el mismo efecto! ¿Y por qué no?... ¡Cómo me mira al través de su abanico!

CONDE, aparte.

Veremos si hablará.

BARON.

Quisiera que levantara su careta.

CONDE, aparte.

Su silencio es extraño. ¡Hem! ¡Hem!

BARON.

Su tos es significativa. Recuerdo que Netchen me ha confiado la contraseña. ¡Hem! ¡Hem! *Pi...*

CONDE.

¡Es él!... *rueta.* Podeis creer, señor Mefistófeles, que tendré mucho gusto en hablar con vos.

BARON, aparte.

¿Dónde he oído esa voz? (*Alto.*) Yo igualmente.

CONDE, aparte.

Conozco ese acento.

BARON.

No podeis imaginaros con qué impaciencia deseaba esta entrevista.

CONDE.

Yo sentía el mas vivo deseo de manifestaros mi admiración por vuestros raros talentos.

BARON.

Si la humilde ofrenda de mi homenaje pudiera agradaros, señora...

CONDE.

¿Señora?...

BARON.

Dispensadme, señorita. Una luna virgen bajo una nube celosa.

(*Se continuará.*)

Exposicion de 1870

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

La Caída, cuadro por M. Beyle.

M. Beyle ha estudiado de cerca las costumbres de los saltimbanquis, y les ha consagrado en la Exposición de este año dos cuadros muy notables.

La escena que reproducimos es uno de los tristes episodios que con harta frecuencia ocurren en la vida de esos desdichados. El gimnasta de la compañía se ha caído en medio de sus ejercicios, delante del público, y ensangrentado, casi exánime, le acaban de trasladar detrás de la barraca, que es como si dijéramos los bastidores de ese teatro de feria instalado al aire libre. Uno de los saltimbanquis, que hace de médico, acude á curar las heridas, y cumple muy seriamente tan dignas funciones, en tanto que la vieja prepara una taza de vino caliente: el brebaje cordial del pueblo. La mujer sostiene la cabeza del herido, y en su rostro se leen las ansiedades de la esposa y de la madre de familia. ¿Qué será de la compañía si el descanso forzoso del primer actor la obliga á suspender las funciones? Los chicos asisten á este drama íntimo con la indiferencia propia de sus años.

M. Beyle ha expresado con mucha verdad los diversos sentimientos indicados en este rápido análisis; en su cuadro resalta el contraste de la miseria cubierta de oropeles.

Un camino cerca de Bannalec (Finistere), cuadro por M. L. Bernier.

Hé aquí uno de los mejores paisajes que se han expuesto este año. Lo único que puede decirse en contra, es que parece demasiado grande para el asunto, pues la atención se disemina con perjuicio del efecto general.

Hay dos cuadros en la misma composición, y para no perjudicar al segundo término, que resume suficientemente la idea y las intenciones del pintor, M. Bernier ha sacrificado el primero. Quizás habria sido mejor limitar las dimensiones de la obra, con lo cual habrian desaparecido los vacíos sin disminuir el tamaño. No vemos otro punto que se preste á la crítica: la elección del asunto y la ejecución no merecen mas que elogios; el pintor ha expresado con absoluta verdad lo que ha visto. En el conjunto se observa esos tonos amarillentos propios de los primeros días del otoño: la luz es viva sin serlo demasiado; el aire circula libremente al través del follaje, aunque el cielo y los árboles parecen como sumergidos en un matiz uniforme; la perspectiva del camino está bien comprendida; finalmente, los animales y las figuras están dibujados con una precisión y una seguridad de mano que rara vez se encuentra entre los paisistas.

El prado de Graves de Villerville (Normandia), cuadro por M. Daubigny.

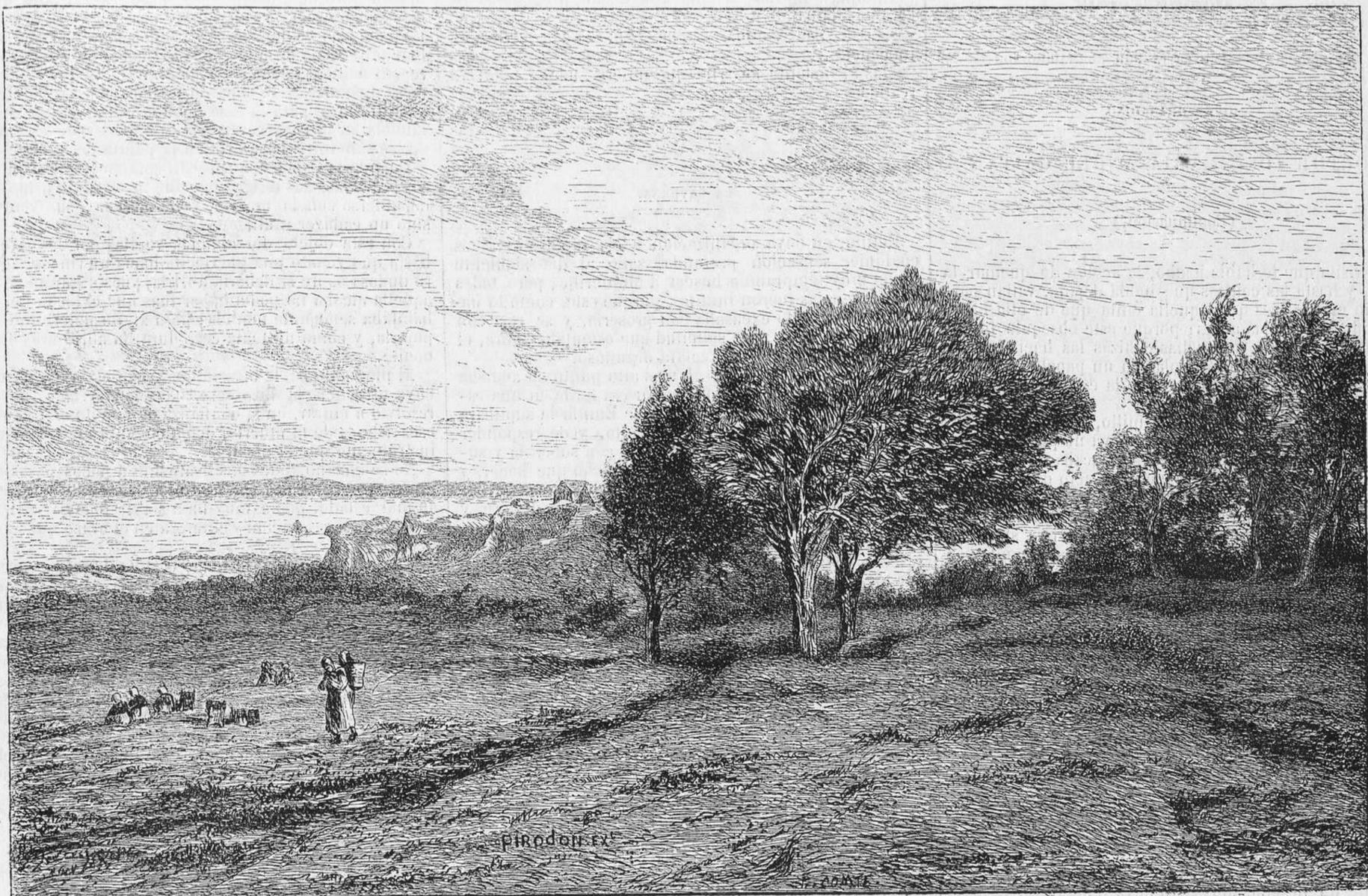
Un buen cuadro del maestro, de buenos tonos y hermosas líneas. Los matices del prado son de un verde sombrío: los árboles se destacan, vigorosos, tostados por el sol, bajo un cielo oscuro; se conoce que no está lejos el mar, puesto que toda esa naturaleza ofrece las señales de sus caricias brutales y corrosivas. La yerba crece recia y prieta como una alfombra de terciopelo verde. Quizás esta semejanza se acentúa demasiado. Las aguas del rio reflejan el cielo en toda su tristeza, y corren sombrías y agitadas ya con la lucha que dentro de poco van á sostener contra las olas del Océano.

A. DE L.

EXPOSICION DE 1870



La Caida, cuadro por M. Beyle.



El prado de Graves de Villerville (Normandia), cuadro por M. Daubigny.



Un camino cerca de Bannalec (Finistere), cuadro por M. Bernier.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

La visita que le habia hecho, la accion de quemar la carta, y hasta las cenizas que habia dejado, valian para Emilio mas tal vez que aquella cinta que de ella habia recibido pocos dias antes; porque este obsequio lo habia hecho el error, y aquellas cenizas las hacia la verdad. Así fué que envolviéndolas en un papel, las guardó como un monumento funerario de la escena mas penosa y vehemente de su vida.

— Cuánto mejor es, decia Emilio, que Adelaida no ignore esto. Es verdad, repelia, que ya no puedo aspirar hasta ella; que esta generosidad que acaba de manifestarme, no debe considerarse como un acto de amor; no ha sido mas que un acto de virtud, como el socorro que da la caridad al miserable, y del que este no debe vanagloriarse como de una predileccion del cariño, sino como de la fortuna de haber sido hallado casualmente por una mano bienhechora. Es indudable que Adelaida no puede amarme; que debo despojarme de mis esperanzas é ilusiones de una época feliz; pero tambien es cierto que al menos mis proyectos están aprobados por una jóven inocente y discreta; que tengo una amiga encantadora que me estima y compadece sin error... ¡Una amiga! Eso ha sido ella siempre para mí; y yo, necio presuntuoso, creia que me amaba. Si ella lo supiera, ¿con cuánto desprecio no miraria á un hombre vano, que no fué capaz de dar á sus acciones y palabras la inteligencia que suponian en un hombre sensato, y que lejos de eso les atribuia un motivo que es imposible haya logrado inspirarle jamás: motivo hermoso que no he podido suponerle, sino porque esa suposicion me lisonjeaba. Sí; por eso es que Adelaida no ha variado; por eso es que ha venido esta noche á mi cuarto, ella, cuya virtud puede alcanzar á conservarla como amiga constante de un desgraciado; pero cuya nobleza no le permite tolerar á un infame por amante. Si me hubiera amado, como yo creia algunas veces en una enajenacion dichosa, se habria mostrado de otro modo desde que supo quién era ese amante, y que su amor descendia á un objeto indigno y despreciable. No; su bondad conmigo no era mas que bondad, cual la que acaba de manifestar por mi padre, á quien ni siquiera conoce, y á pesar de todo juzga desgraciado y aun virtuoso. ¡Ah, infeliz de mí! Esa cinta, esas cenizas no son como las vi en un momento de insensatez, símbolos de amor, sino dones de la caridad. Sin embargo, no por eso valdrán menos para mí, ni desgraciado alguno ha podido recibir jamás consuelos mas dulces, limosnas que inspiren tan gratas ilusiones. Sí; no solo por interés mio debo defender al Mordedor y salvar á mi padre; tambien debo hacerlo por obedecer á Adelaida, ante la que algun dia habrá de postrarse ese padre arrepentido, para agradecer el perdon que ella acaba de concederle y que le envia conmigo, como el medianero entre el delito y la misericordia, entre el vicio y la virtud... Hé aquí el destino que el cielo me preparaba: yo no soy nada, soy un escalon; no estoy arriba ni se me cree tampoco abajo: de Adelaida descendiende la clemencia hasta mí mismo, y de mí pasa á mi padre; del doctor Témis bajará el favor á Emilio, y de Emilio acabará de descender hasta el Mordedor. Así me ha considerado Monterilla desde el principio, cuando el doctor Témis me consideraba tan alto como él, pues escribió en mi nombre, me consoló y me dijo que era mi frente superior á la ruin esfera en que pueden girar la infamia y calumnia. ¡Pobre doctor Témis! ¡qué equivocado estaba! ¡Ah, Monterilla! con cuánto mas acierto prorumpiste en tus horribles amenazas que ya están cumplidas. Emilio besará tu planta si lo exiges... la besará. Emilio te buscará y tú lo despreciarás... que me desprecie. Sí; todo está hecho... todo lo haré por el amor de mi padre. ¿Qué me importa el hombre? Yo no vivo ya sino en la naturaleza, ni habrá para mí nunca otros vínculos que los que ella me preparó al nacer. Es forzoso pues que yo descienda... no es esto descender, en la naturaleza no hay escala; es solo vivir y moverse, es mas bien estar quieto y dejar que la vida pase por el corazon sus nudos espinosos. Cuando yo vivia en la sociedad, pude pensar que subia y que me iba elevando á una altura en que Adelaida sola se ostentaba... Sin embargo, ha sido preciso descender para nunca mas intentar levantarme.

Estas últimas palabras las pronunciaba Emilio recostado en el sofá, y empezando á soñar el hecho mismo que acababa de sucederle. En ese sueño veia además á Adelaida huyendo como una sombra. Esa sombra era luego la imagen de la virtud que abandona al que comienza ya la ruta maldecida del delito.

En pos de ella se acercaba severo y enlutado su padre asesino, que en vez de sus dos manos tenia pegadas al brazo las manos de un muerto, y mostraba á su hijo asustado los letreros fatales. El fantasma se agrandaba delante de él, y con una voz ahuecada le decia:

— Yo soy, Emilio, tu amor, tu infamia, tu vida; porque soy tambien tu padre.

Entonces Emilio en una convulsion precipitada se sentó exclamando:

— ¡Oh, padre mio!... ¡Padre mio! soñar contra tu inocencia...

Mas al instante advirtió que no era sueño: todo era realidad.

II.

LA CAVERNA.

Emilio, en cuya organizacion hacia rápidos estragos cualquier sensacion profunda, salió al dia siguiente desde muy temprano á buscar á Monterilla; pero todas sus diligencias fueron inútiles, porque este, como lo habia prometido, lo excusaba con grosería, y se reia con satisfaccion de la vana solicitud que ostentaba ahora, el mismo que antes lo despreciara orgulloso.

Con el objeto de elevar al mas alto punto su audacia y sus burlas, se dejó por fin hallar esa tarde en una escribanía, para tener el gusto de que Emilio le suplicara en publico lo oyese por un momento, y de responder como lo hizo, volviéndole la espalda con soberbia y superioridad, que por entonces tenia mucho que hacer, y carecia de tiempo desocupado para darle oídos.

Emilio sufrió con resignacion este primer desaire, y continuó pacientemente espiando una ocasion oportuna para hacerse al fin oír de Monterilla.

Esa noche, mientras Emilio continuaba buscándolo por todas partes sin poder hallarlo, en la caverna que ese hombre llamaba su gabinete, se veia una escena muy triste y sombría que presagiaba desgracias tal vez irreparables.

Sobre esa misma mesa á que sentado Monterilla presidió la junta en una de las noches pasadas: con esa misma pluma con que habia escrito y firmado las actas de aquel congreso espantoso; y á la luz tenebrosa de ese candil que alumbró el debate de los proyectos infernales que allí se discutian; la Cisne, sola en el aposento, y con los ojos llenos de lágrimas, escribia una carta para Santiago.

Monterilla, que en los proyectos relativos á esta jóven desgraciada, habia siempre pensado defraudar á sus compañeros, trató con mucha maña de evitar la junta de esa noche en su casa, convocándola para otro de los varios puntos en que solia reunirse, y donde á la sazón estaba congregada en efecto, á pesar de la impaciencia de su presidente, que por mas que trataba de levantar la sesion, no podia conseguirlo, á causa de que Soliman, á quien dominaba un prurito sempiterno de hablar cuando habia táctica que condenara á los oyentes á atenderlo, llevaba además esa noche un monton de proyectos que tenia que introducir, y cuya discusion no podia acortar de ningun modo el afanado y diestro presidente.

Este con el fin de asegurar sus miras respecto de la Cisne, se habia coligado únicamente con la Daifa, para que en union de su compañera fuese esa tarde donde el capellan y lo obligase á salir para presentarse á doña Gonzaga, reclamar á la Cisne de un modo auténtico, formal y perentorio, y llevarla en seguida á la casa de Monterilla, con el fin de dar principio al plan inicuo de sus venganzas.

La Daifa con mucha eficacia obró así puntualmente; y á las siete de esa noche se abocó con su compañera, precedidas del devoto capellan, en la casa de Beatriz.

El capellan, engañado de antemano contra la Cisne por Monterilla y aquellas mujeres, no veia á esta jóven sino pintada con los mentidos colores con que sus enemigos osaban disfrazarla; y poseido de un celo indiscreto, se desesperaba imaginando que los pocos dias en que Beatriz habia tenido á su lado á la Cisne, eran tal vez demasiado para contaminarla con el vicio é inclinarla al mundo de una manera acaso incurable y funesta.

En tal virtud no fué difícil obligarlo á acelerar su diligencia para hacer que la Cisne saliera de una casa donde, por otra parte, le repelia la Daifa, carecian absolutamente de derechos para detenerla contra la voluntad expresa de las personas bajo cuya dependencia se hallaba antes.

Cuando el capellan entró al aposento de doña Gonzaga, las dos mujeres lo siguieron sin reparo hasta la puerta de la alcoba donde estaba la enferma, á cuyo lado se veia á la Cisne vestida de luto lo mismo que Beatriz, pero con noble sencillez; pues desde el principio habia exigido le dejasen honrar así la memoria de don Mateo, y tambien la de su padre, respecto del cual, como ella decia, no habia vertido aun las lágrimas del corazon tranquilo y despojado de toda desgracia extraña, con las que desea el huérfano regar sin egoismo el sepulcro que venera con desinterés.

Bien se deja conocer la impresion que causaria en la Cisne la presencia inesperada de sus enemigos.

Con todo, estaba tan penetrada del espíritu de resignacion, que lo único que hizo fué arrimarse mas á Beatriz, considerándola como su sola defensora en tal conflicto.

El capellan procedió á exponer con energía, pero con acento insultante, el objeto piadoso que llevaba, manifestando que ahí venian por la Cisne personas á quienes en conciencia no podia negárseles, y que por consiguiente era indispensable dejar que la llevasen, por no convenir tampoco, estuviese al lado de Beatriz.

Doña Gonzaga se opuso decididamente á semejante cosa, con cuyo motivo se trabó entre el capellan y la

enferma una disputa muy acalorada, durante la cual Beatriz, dejando á la Cisne y acercándose á la mesa, tomó un libro de oraciones y se puso á rezar para que el capellan no fuera á molestarse.

Nada mas ventajoso para las dos mujeres, que la situacion aislada en que quedó la Cisne; pues lanzándose repentinamente sobre ella, la alzaron sin que nadie pudiese defenderla, le taparon la boca con un pañuelo y se la llevaron para la casa de Monterilla, donde encerrándola en la caverna en que la hemos visto escribiendo, se salieron á esperar en la puerta de la calle.

Cuando la Cisne se quedó allí sola, lo primero que hizo, previendo sus desgracias, fué buscar una arma para defenderse con la muerte, y no ofrecer á sus verdugos sino un cadáver inútil.

Con este objeto dió algunas vueltas por la caverna, hasta que viendo una puertecita hácia un rincon, se paró dudosa sobre si debería abrirla, pues seguramente en aquella alcoba no podia haber mas que el lecho del que habitaba semejante morada; pero al fin determinó empujarla, y como no tenia cerradura, la abrió muy fácilmente.

Al momento se le ofrecieron á la vista unos ataúdes cuya presencia la hizo retroceder horrorizada; mas se resolvió á entrar, en la confianza de que donde se veian esos lechos de la muerte, debia encontrarse tambien el instrumento que la daba.

No se engañó, pues efectivamente á pocos pasos tropezó con un puñal viejo y emmohecido, que á pesar de su mal estado, podia muy bien servir todavia, con tal que hubiese resolucion y entereza en el brazo que lo maneja.

Con esta arma salió la Cisne casi contenta y se sentó á escribir, para que despues de muerta, sabiendo Santiago su inocencia, la divulgase entre las gentes virtuosas, y quedase así honrada y respetada su memoria. Escribia llena de valor, pues además habia visto ya clavada en la pared la carta que ella misma habia llevado, del doctor Témis á Monterilla; y como no era mucho lo que tenia que escribir á un hombre que ya sabia gran parte de su historia, acabó antes de que llegase aquel; y cerrando la carta que puso sobre la mesa, se quedó sentada, esperando el momento en que ese puñal debia pasar el último corazon, tal vez, en que su hoja ya emmohecida podia penetrar.

Los pensamientos mas lúgubres fueron tendiendo un velo negro y mortuorio sobre su imaginacion. Ya se consideraba entre uno de esos ataúdes, conducida á su sepultura sin honras religiosas, pero entre la pompa del crimen, por Monterilla y la Daifa.

Muerto y frio sentia el aire de aquella caverna; muerta ardía la luz en el cándil; muerta estaba la carta que acababa de escribir y que reposaba sobre la mesa, como el cadáver insepulto de un inocente.

Por todas partes reinaba un profundo silencio, y nadie parecia. Esa noche no era el abismo; era la eternidad; ya no habia para ella mas hechos que la muerte; y no era una luz agonizante la que ahora iba á dejarla sola, envuelta en las tinieblas; era ella misma que otras veces habia sobrevivido á la luz, la que iba á espirar al lado de un candil que seguiria despues alumbrando su entierro, y mas tarde quizás el delito y la vileza.

Entonces sonó la cerradura de la puerta, y entró Monterilla volviendo á cerrar.

La Cisne se levantó del asiento con su puñal en la mano y con semblante altivo y orgulloso.

Monterilla, acercándosele risueño, le dijo:

— No tema Vd., señorita. Soy un amigo antiguo; ¿no se acuerda de mí? ¿se ha olvidado de su padre, que tanto me queria?

— ¡Silencio! gritó la Cisne. No profane Vd. ese recuerdo sagrado burlándose de un padre en presencia de su hija desgraciada.

— Está bien, repuso Monterilla. No pronunciaré sino el nombre de Luisa y el mio en señal de amor, de union y de ternura.

— Tampoco. Sus labios son indignos de mi nombre, y mis oídos se ofenden con el suyo. Lo que Vd. debe hacer es solamente abrirme esa puerta, si no quiere que me mate ahora mismo, y correr el riesgo de que le atribuyan mi muerte.

— ¿Matarse Vd.?... ¡tan linda como está esta noche! Eso es imposible, y yo sabré defenderla.

— No es imposible, miserable; aquí tengo armas; y antes de que alguien ose acercásemme, sabré yo por mi parte usar de ellas mejor que Vd. sabria defenderme.

— No es Monterilla, dijo este con lentitud, de los simples que creen en esas cosas. Mejor es que hablemos en paz los dos, que al fin no se trata sino de amor; y yo soy un amante como cualquier otro, y aun mejor si Vd. quiere, al menos comparado con el jóven Enrique.

— No me ultraje Vd. hablándome mas, dijo la Cisne colérica; que yo estoy cansada de vivir, no quiero mas que la muerte, y antes que continúe este diálogo afrentoso para mí, juro morir si es preciso.

Monterilla, al oír estas palabras, no pudo menos de sentir la resolucion que las dictaba y persuadirse de ella. Por tanto solo pensó en desarmar á su víctima; pero no sabia cómo lograrlo, pues si se le acercaba, podia suceder que efectivamente se matase ó se hiriese por lo menos, como ella ofrecia y como él forzosamente empezaba á creerlo: así fué que se resolvió á guardar un rato de silencio para deliberar lo que le fuera mas conveniente hacer.

Pero antes de que le ocurriera algo, se estremeció de susto al oír en lo mas grave de aquel silencio tan espantoso para la Cisne, un grito repentino que decia:

— Si Monterilla no me oye, lo mato sin remedio. Y al mismo instante estalló un pistoletazo por la cerradura que no era muy consistente, y se oyó un empujón formidable que súbitamente abrió la puerta con violencia, dando contra las batientes un golpe tan estrepitoso, que Monterilla, descolorido y temblando, no se atrevió á moverse de su puesto, en el que casi se sentó levantando las manos, con los dedos abiertos, al nivel de los ojos.

Así lo encontró Emilio, que fué el que se presentó en la caverna con aire colérico y resuelto. Al momento conoció á la Cisne, que en aquella cueva se mostraba impávida, llena de majestad y belleza con su puñal en la mano.

Emilio la saludó admirado y cariñoso; y ella, al conocerlo, dió un grito de alegría, corriendo á colocarse á su lado. Esta sola acción volvió á elevar el corazón de Emilio á una altura á que desde la noche anterior no se atrevía á remontar; y así, arrogante y noble, miró con desprecio y altivez á Monterilla, que ya recobrado de su primer sobresalto, le volvió la espalda diciendo:

— No, señor: es Vd. un importuno; mas ni por esas he de oírlo; porque no tengo ganas; y Vd. debía ser menos atrevido para no venir á allanar así, contra toda ley, mi cuarto de estudio.

— Ni yo quiero que Vd. me oiga ahora: solo pido que me oiga despues.

— Ya he dicho á Vd. que no, contestó Monterilla.

— Necesito, sin embargo, hablar con Vd., dijo Emilio; y debe prestarse á escucharme.

— Repito, añadió Monterilla, que no quiero; porque tengo otras atenciones mas importantes.

— ¡Monterilla! exclamó Emilio con rabia: si Vd. no me atiende, haré que atienda el estallido de esta arma. ¡Vamos! ¿Me atiende Vd.? ó ya suena en sus oídos esta pistola, continuó Emilio apuntándole.

— Atiéndalo, gritó la Cisne; que es un honor el que va á recibir.

— No sea Vd. bárbaro, dijo Monterilla yéndose de medio lado hácia un rincón, desde el cual, levantando el brazo para que le sirviera de escudo, continuó: quite usted de ahí esa pistola, que se le puede ir el tiro.

— Pues atiende Vd., repitió la Cisne.

— ¡Oh! exclamó Monterilla viendo que Emilio cesaba de amenazarle; si se interpone la señorita para lograr esa audiencia, ya eso es otra cosa, y atenderé por bondad.

La Cisne no pudo prescindir de sonreirse al ver tanta insolencia y tanta bajeza reunidas; lo que Monterilla atribuyó á la complacencia con que se aceptaba su grosera y odiosa galantería.

— Sí, señor, prosiguió Monterilla, dirigiéndose á Emilio; daré á Vd. audiencia en este mismo gabinete mañana en la noche.

— Bien, dijo Emilio: me tendrá Vd. aquí sin falta.

— Mejor es, dijo Monterilla, que procedamos en paz si bien se considera, los dos debíamos ser íntimos amigos. Yo tambien tengo muchas cosas que decirle; pero no en este momento: mañana en la noche, y despues, si Vd. se maneja bien, tendremos ocasion de hablar despacio. Por ahora basta le recuerde que Vd. no tiene motivo alguno de queja contra mí, lo que espero demostrarle con el tiempo, del modo mas convincente. Así es que si Vd. fuera reconocido, no cargaria ahora, previniéndose solamente de sus malditas pistolas, con esa niña, que sin saber por qué motivo, se le ha puesto al lado, de tal manera que seria obra de romanos arrancár sela un hombre como yo, solo y desarmado.

— Basta, dijo Emilio, ofreciendo el brazo á la Cisne: hasta mañana.

— ¡Y se la lleva! decia Monterilla saliendo á la puerta detrás de Emilio y la Cisne. ¡Ah! ya la recobraré; ya tendrá que devolvérmela despues él mismo.

Cuando Emilio entró en la casa de Monterilla le fué preciso vencer la resistencia que le opusieron la Daifa y su compañera, que estaban sentadas en la puerta. Mas viendo que era el hijo de don Adolfo, lo dejaron pasar, creyendo que su visita importaba á Monterilla.

Mas no sucedió lo mismo cuando lo vieron salir con la Cisne del brazo; pues la Daifa, enloquecida, se paró al frente de la puerta como para cerrarles el paso. Muy insignificante era, por cierto, tal obstáculo para Emilio, quien dándole un empujón se abrió camino con gran facilidad. La persona de Emilio, como se vió en el congreso de Monterilla, estaba garantizada contra los ataques de toda aquella gente. Por eso fué que la Daifa ni al entrar ni al salir intentó ofenderlo de ninguna manera y tuvo que ceder.

A poco que anduvieron Emilio y la Cisne, esta se acordó de la carta que se le habia quedado sobre la mesa; mas considerando por una parte que era difícil recobrarla; y por otra que su contenido no interesaba á nadie, ni á ella le perjudicaba que se supiese, resolvieron dejarla para recobrarla despues, evitando por entonces volver donde aquel hombre cuya presencia habia sido siempre tan odiosa y repugnante para la Cisne.

Esta fué conducida por Emilio á casa del señor Osman, donde á pesar de ser muy tarde, estaba levantada toda la familia, á causa de la inquietud que les producía la ausencia prolongada de Emilio.

Cuando entraron al cuarto de las señoras, tanto la Cisne como Emilio se presentaron con timidez y embarazo, pero aquella con una timidez que le imprimía gracia, mientras en este se veía un embarazo que lo humillaba.

Sin embargo, presentó á la Cisne como un objeto á quien debia acabar de salvar aquella familia; y las señoras, que ya sabian el interés que tomaba por ella un personaje desconocido, oyeron con gusto la relacion un

poco incompleta que les hizo Emilio, quien concluyó diciendo al señor Osman que con mucha satisfaccion le ofrecia en aquella señorita oscura y desgraciada, el objeto mas digno con que habia de reemplazarse el antiguo protegido que probablemente iba á perder su generoso corazón: mas que si no se dignaba aceptar ese depósito, se sirviese al menos conservarlo hasta el dia siguiente, en que se daría aviso al protector oculto.

— No hay mas protector, dijo el señor Osman, que tú y yo: los dos seremos suficientes para que esta niña no tenga necesidad de otras manos que la protejan. Usted puede, añadió volviéndose con bondad hácia ella, estar tranquila y confiada; pues no saldrá de esta casa, sino cuando así lo quiera, y entre tanto disfrutará de la misma honra, seguridad y prerogativas que mis hijas y que Emilio.

La Cisne dió las gracias al señor Osman, y poniendo sobre la mesa el puñal que se habia traído de casa de Monterilla, referia el motivo por qué lo llevaba.

Emilio tomó el puñal, y observó que en el cabo tenia escrito el nombre de Adolfo Castelví.

Era en efecto el puñal de su padre, y por tanto, guardando con disimulo esa arma infame, antes de que la examinara el señor Osman ó alguna de las señoras, se retiró nuevamente avergonzado, para su cuarto, donde apenas se atrevia á contemplar de nuevo un objeto que acreditaba los delitos de su padre, y que la Cisne habia tomado á un ataud, para salvarse del crimen que la rodeaba; pero que arrojó con horror luego que se vió en seguridad.

El mismo que salvaba á la Cisne, tenia tambien que esconder el puñal del asesino; porque colocado entre la virtud y el vicio, debia defender indistintamente al criminal y á la victima.

III.

LOS AMIGOS.

Emilio al dia siguiente no salió á la calle, estándose encerrado en su cuarto, porque tenia vergüenza de subir á hablar á las señoras, y de que lo viesen presentarse en la ciudad.

Muy grande contemplaba ya su infamia, porque Adelaida lo sabia todo; y eso era bastante para considerarse como un ser envilecido, que si conservaba alguna nobleza, no debia aprovecharse de la ignorancia en que la sociedad estaba respecto de su padre, para presentarse en ella bajo un carácter que ya no le correspondia, á gozar con malicia de las prerogativas que en su concep-

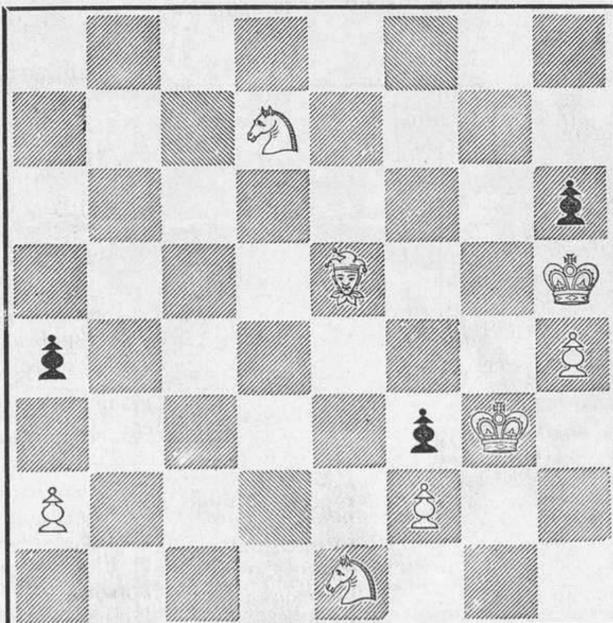
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 312.

- 1 T 6ª AR R 4ª Rª
- 2 C 3ª R jaque R juega.
- 3 C 5ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 313, POR M. H. DALLIER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables,
X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

to solo el error podia acordarle, y que le serian rehusadas al conocerse su fatal secreto.

En Adelaida, pues, habia un testigo que respetar, y que era necesario viese confundido al desgraciado que tenia tanto que avergonzarse.

Además Emilio se sentia enfermo y extenuado: solo se alimentaba con pesares y no alentaba en su corazón otra esperanza que la de la muerte ó la de esconder su vida emponzoñada en un lugar ignorado, donde nadie volviese á saber de su destino; mas ese consuelo triste, que tan ingrata esperanza le ofrecia, era remoto y dudoso porque necesitaba detenerse algun tiempo en el mundo para salvar á su padre, condenándose entre tanto á arrastrar penosamente aquellos dias espantosos en que la vista de Adelaida lo alcanzaba.

Despues de muchas horas de soledad vinieron á visitarlo don Juan y Santiago, con el objeto de congratularse por no haber seguido adelante las molestias con que Monterilla se propusó atormentarlo. Ignoraban que el mal habia seguido sin que la amistad pudiese acompañarlo en su vuelo rápido y funesto; y que quedándose esta atrás, en vez de ir á ofrecer consuelos á una situación que no alcanzaba á ver, solo iba á proferir acaso palabras amargas, creyéndolas conformes á un mal menor que pasó.

— Ya se acabó todo esto, decia don Juan; y Monterilla parece haber desistido de sus planes respecto de usted.

— Sí, dijo Santiago muy alegre; desde que nosotros estamos aquí no hay acontecimiento alguno desagradable; de lo que yo, lo mismo que don Juan, me congratulo con usted.

— Siempre me supuse, continuó don Juan, que Monterilla no era mas que un hablador que de ningun modo podia humillarlo á Vd., segun él decia... ¡Vaya! como si alguna vez pudiera estar la gente honrada á merced de unos infames como Monterilla y sus cómplices...

— Y les van costando muy caras, interrumpió Santiago, las gracias aquellas de las manos de muerto, los letreros y el tiple.

— ¿Cómo? preguntó Emilio, pudiendo apenas hablar en el estado de agitacion en que lo tenia esta escena cruel.

— Muy bonitamente, respondió Santiago: ahora venimos de casa del doctor Témis, y nos ha dicho que acababa de hacer le remachasen al Mordedor dos pares de grillos que no le dejan mover.

— ¡Dios mio! exclamó Emilio tapándose la cara.

— Bien hecho, repuso Santiago; así se le quitarán á ese malvado las ganas, ó por lo menos los medios, de venir de noche á la esquina para hacer el fantasma y asustar, el insolente, á la señorita Adelaida: si de mí dependiera, aseguro que por solo tal delito habia de echarle un candado en la boca á ese ladron.

— Mire Vd., dijo don Juan, que esos asesinos deben ser feroces. La farsa de las manos denota una barbaridad espantosa: ellos juegan con un cadáver como un tigre con su presa.

— ¡Don Juan!... ¡Por Dios! exclamó Emilio mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

— Tiene Vd. razon, repuso don Juan; pero dispénseme, porque esas manos no me han dejado dormir anoche. Sin embargo, no hablemos mas sobre el caso, que no es asunto digno de nosotros, ni debemos ocuparnos de delitos ni de delincuentes.

— Es verdad, dijo Santiago: ya todo se acabó, y es mejor hablar de cosas alegres.

(Se continuará.)

Paseos de Paris.

EL SQUARE DEL TEMPLE.

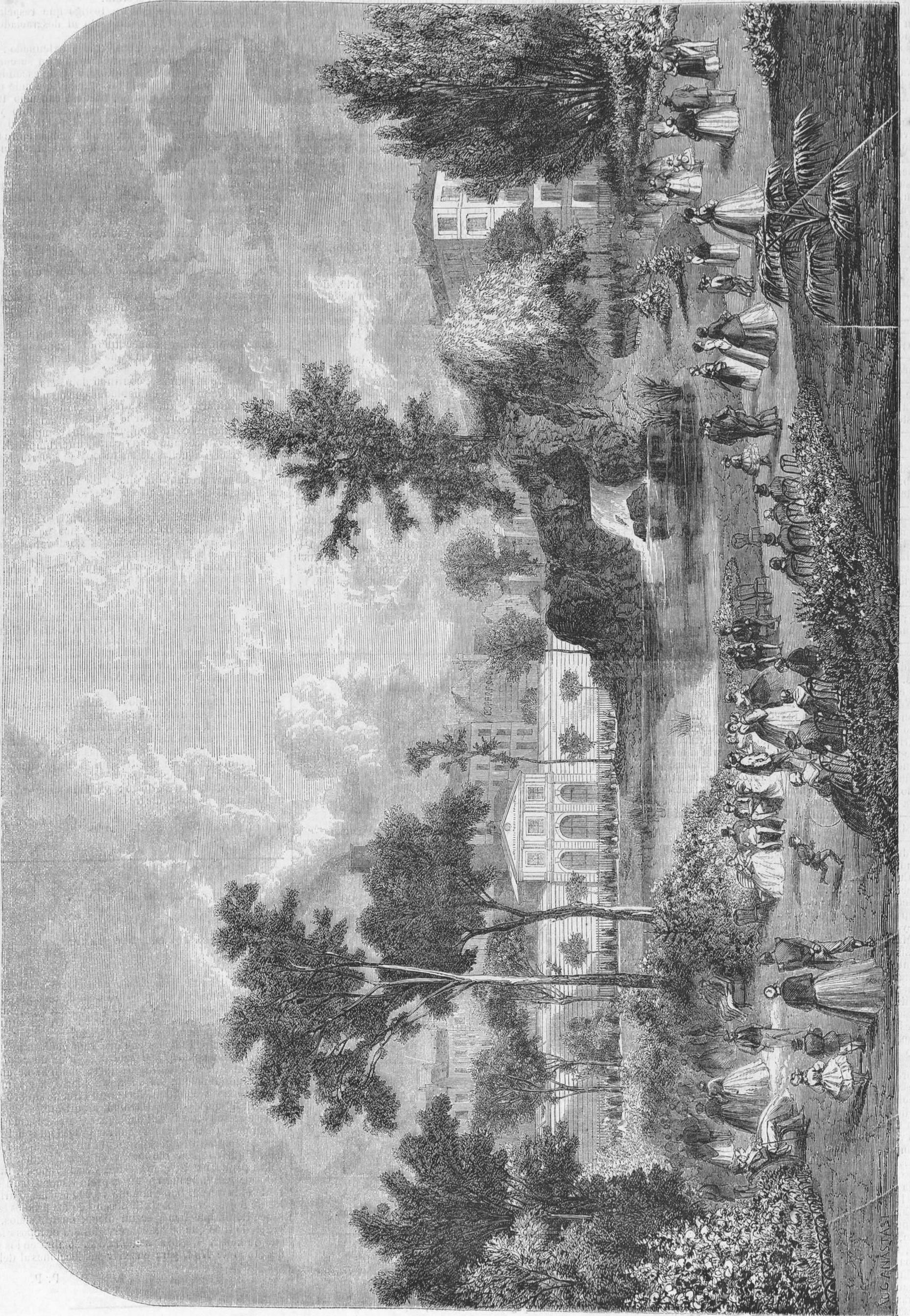
Los squares que han creado en todos los barrios de Paris, han venido á ser el punto de reunion de la sociedad parisiense. Cuando se ve la animacion que reina en esos jardines, preciso es convenir en que los antiguos barrios necesitaban aire, luz y espacio.

El square del Temple tiene una verja con tres puertas, y su superficie es de 7,224 metros. Forma un cuadrado rectangular de 128 metros de largo sobre 57 de ancho por término medio. La verja de hierro, de 4 metro 60 centímetros de altura, forma un circuito de 370 metros. El dibujo es de M. Davioud, arquitecto.

Al extremo meridional del square, una cascada sale de un peñon compuesto de tierras procedentes del bosque de Fontainebleau, y alimenta un lago de 294 metros, y que contiene 759 metros cúbicos de agua.

Los plantíos se dividen en diez y seis grupos. A fin de que este recinto conserve un aspecto risueño, aun durante el invierno, han plantado 14,000 árboles ó arbustos de hojas persistentes. El decano de los árboles es un sauce lloron que tiene, segun dicen, cuatro siglos. Un grupo de tilos que se ha conservado, era el reposo favorito de Luis XVI, que se sentaba á su sombra en los dias del otoño de 1792, para enseñar sus lecciones al delfin.

P. P.



PASEOS DE PARIS. — El square del Temple.

AUG. ANASTAS